

FLORA

o la educación de una niña



Agustín Escolano Benito

Flora o la educación de una niña es un ensayo verboicóico que indaga y promueve una representación de lo que ha sido la formación de la mujer en la sociedad tradicional, una imagen basada en la diferenciación y en la exclusión, categorías y valores que dominaron la educación de la “preciosa mitad del género humano” en el siglo XIX y la primera mitad del XX.

Con imágenes y microtextos, el libro catálogo que acompaña a la exposición sobre el tema ofrecida por el CEINCE promueve una lectura compartida de las fuentes en que se ha plasmado la formación de la mujer en el pasado, tratando de contribuir así a la educación histórica y crítica de la ciudadanía de ambos sexos y de varias generaciones, en la perspectiva de poder contrastar las experiencias del pasado con las expectativas de inclusión que postulan las nuevas relaciones de género.

Flora

o la educación de una niña

Flora

o la educación de una niña

Agustín Escolano Benito

Agradecimientos

Asociación Schola Nostra, Purificación Laboz.

Fotografías

Biblioteca del Centro Internacional de la Cultura Escolar,
CEINCE, Berlanga de Duero

Las imágenes de otras fuentes se utilizan con fines exclusivamente didácticos

Maquetación y diseño

Cristina Santos Ozores

© El autor

ISBN: 978-84-09-13462-5

Depósito Legal

CEINCE –UVa

Berlanga de Duero, 2020

Índice

Presentación	9
1. La preciosa mitad del género humano	13
2. Libros con nombre de mujer	19
3. Egregias y ejemplares mujeres	25
4. Educación y condición social de la mujer	31
5. La entrada en la "isla del alfabeto"	37
6. Escrituras de mujer	43
7. Aritmética del hogar y economía doméstica	49
8. Urbanidad y buenas maneras	53
9. Las labores propias del sexo	57
10. Maestras con título y oficio	61
11. Higiene para el cuerpo, piedad para el alma	65
12. Recato y pudor	71
13. ¿Novatoras?	77
14. Del marco del hogar a la rosa de los vientos	83
15. El retorno de la Diosa Blanca	89
Para saber más	93

Presentación

La exposición que corresponde a este libro-catálogo, construida con fondos del Centro Internacional de la Cultura Escolar/ CEINCE, radicado en Berlanga de Duero, tiene por objeto reconstruir históricamente el modelo de educación de la mujer en la sociedad tradicional mediante fuentes etnográficas que cubren un siglo de historia, el que transcurre entre el ecuador del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Arranca la muestra con el despegue del sistema nacional de educación en España, en la época de Isabel II, y llega hasta el umbral de los tiempos que marcan el cambio hacia lo que hoy se entiende por inclusividad en el marco de unas nuevas relaciones de género. En este ciclo secular, de larga duración, se formaron muchas de nuestras abuelas, madres, hermanas, compañeras y mujeres que están aún vivas. Y también los varones, claro. El ciclo del tiempo presente será objeto de una nueva exposición que enlazará con lo que en esta se ofrece.

Conocer la génesis y conformación de los modelos pedagógicos tradicionales es una forma de contribuir a la educación histórica y crítica de la ciudadanía de ambos sexos. Mirar por el retrovisor

al mundo que vamos dejando atrás es siempre un ejercicio saludable que nos ayuda a comprender e interpretar la actualidad. En esta mirada retrospectiva y crítica se sustenta justamente la comprensión intergeneracional, la solidaridad entre hombres y mujeres y la apertura hacia el conocimiento de los nuevos modos de educación que se vienen abriendo paso en las últimas décadas, no sin dificultades y resistencias, y que afectan profundamente a las relaciones de género, una de las claves esenciales del mundo de la vida en que transcurre nuestra existencia.

Para dar forma y estructura a la exposición, hemos jugado con varios tipos de fuentes, de cuyo cruzado se puede extraer el modelo pedagógico que informó la vida de las familias y de las escuelas para niñas desde que estas empezaron a adquirir un estatuto público. Con anterioridad, la instrucción de la mujer estuvo reservada por lo general a las hijas de las clases acomodadas y se instrumentó por medio de preceptores o institutrices en el ámbito doméstico, o través de los internados creados ad hoc, pertenecientes por lo común a congregaciones religiosas. Las niñas de extracción popular empezaron entonces a asistir a las escuelas municipales, no con asiduidad, o a instituciones filantrópicas que sostenían los organismos encargados de la beneficencia.

El modelo de formación no era el mismo para todas las niñas. Derivaba de las características sociales del grupo familiar de procedencia. En el epígrafe dedicado a examinar las relaciones entre educación y condición social se ofrecen algunas imágenes y comentarios que aluden a esta diferenciación. Pero, pese a este condicionamiento, la educación de la mujer en este siglo largo estuvo conformada a un sistema de valores y a un código curricular que manifiesta rasgos de coherencia interna y que define un modelo de diferenciación

por sexo, que abocó a las niñas al dominio de lo doméstico. Ello llevó a su exclusión de otras expectativas, que sin embargo sí eran ofrecidas a los niños. En este diferencial están las raíces de la desigualdad.

A la niña de la época se le adornaba, desde metáforas botánicas, con un “pensil” o “florilegio” de plantas delicadas, coloristas y perfumadas, los ornatos que mejor se acompañaban a su condición de “perla” o “ángel” del hogar. Mientras tanto, al varón se le asignaba un carácter “viril”, procreador de la especie, y una “rosa de los vientos”, que le permitiría elegir el mejor camino hacia estudios o profesiones más en consonancia con su superior estatuto antropológico. La higiene y la economía determinaban el gobierno de la casa, en el que la mujer también se aplicaría a las “labores” que aprendió en la escuela. Y cuando salga a la calle, la mujer acomodará su conducta a las reglas de cortesía, recato y pudor que se espera encarne con sumisión.

La exposición reserva un rincón temático, con el rótulo de ¿novadoras?, a las innovaciones que emergieron en las décadas de la edad de plata de la pedagogía y de los inicios de la modernización social. Pretenden ofrecer estos cambios emergentes un contrapunto provocador que exprese las contradicciones entre las prácticas de vanguardia del primer feminismo, o pseudofeminismo, y los anclajes de los que no lograban escapar las prácticas dominantes en la educación tradicional de la mujer. Estas iniciativas eran, empero, la primera señal de que algo empezaba a cambiar.

Agustín Escolano Benito

1 La preciosa mitad del género humano

El ángel del hogar

Así se definía a la mujer, en un lenguaje sublimado, creado por los propios varones, la otra mitad del género humano. Este modo de expresión condujo a una retórica falaz que no se correspondía con la evidencia de la exclusión de las mujeres de los bienes de la educación y la cultura, y con su reducción en la práctica a la domesticidad, dentro del estrecho y cerrado círculo del hogar.

La mujer era concebida como el “ángel” de la familia, un “bien precioso” que merecía incluso la consideración de “perla del hogar”, expresión que daba título a algunos textos escolares muy difundidos en la sociedad tradicional. El currículum de las niñas de la época, raquítico y sesgado hacia las expectativas del ámbito de la vida privada de la casa, a la que quedaba confinada, se concebía bajo las metáforas del “pensil” y de las “guirnaldas” de flores que la adornaban. Las lecturas dirigidas a las menores, siguiendo estas y otras metáforas naturalistas, se definían como un “florilegio” o “ramillete” del amable “vergel” que debía rodear la educación de la mujer.

Los comienzos de la inclusión

Las niñas de las clases populares empezaron a asistir a las escuelas de instrucción primaria a mediados del siglo XIX. Hace aproximadamente siglo y medio se publicaban en nuestro país los primeros libros específicos para la enseñanza de la mujer. Con anterioridad a esta fecha se habían editado tratados y ensayos acerca de la formación de las hijas de la nobleza, y en ocasiones hasta se



El “vergel” de las niñas o conjunto de lecturas que una buena institutriz dispensará a la menor en un jardín florido. Texto de finales del XIX.



Cubierta interior del libro *La educación de la mujer*, editado en Barcelona por Seix, a finales del siglo XIX. Guirnaldas de flores adornan la figura femenina. Enmarcan la escena algunos elementos propios del ajuar del hogar.

redactaron planes para orientar la instrucción de las futuras damas de la aristocracia y la burguesía, pero las mujeres de las capas medias y populares de la sociedad no merecieron apenas atención en lo que afectaba al trato con las instituciones de formación.

Así, nada menos que la mitad de la población –esa “preciosa mitad del género humano” a la que se refería el político conservador de la era isabelina don Severo Catalina, autor de un influyente ensayo sobre *La Mujer*, obra que siguió editándose hasta mediados del siglo XX— quedaba excluida de los bienes de la civilización letrada. En este influyente ensayo recogía don Ramón de Campoamor, el prologuista, estas afectadas y melancólicas seguidillas:

Quando viniste al mundo,
tu dulce guarda
los ángeles del cielo
se disputaban.

Crece, niña hechicera,
crece lozana,
como árbol en la orilla
de limpias aguas.

Crece, y que nunca
se nuble el claro cielo
de tu ventura.

Antonio Gil de Zárate, primer director general de Instrucción Pública, confesaba en 1855 que la escasa atención prestada a la educación del “bello sexo” había sido el fracaso más notable de su política. Mientras las escuelas normales, creadas a partir de 1838 por los liberales, podían formar maestros para las instituciones de varones, nada se había hecho en relación con las maestras. Los



La mujer es la “perla del hogar”, la pieza más preciada de la casa, la gobernadora de la familia.

Escuela de un poblado del concejo de Mieres, en Asturias, en la segunda mitad del siglo XIX: Niños y niñas, en apretada cohabitación, ilustran una escena de verdadero *overbooking*, expresión del interés popular por la formación. Imagen de F. Myrbach

centros para estas habrían de esperar dos décadas más, hasta que la ley Moyano impulsara la creación de las normales femeninas. Mientras tanto, y también después, las escuelas de niñas fueron regentadas por mujeres habilitadas mediante un certificado de idoneidad que acreditaban las juntas municipales de enseñanza. Hay que subrayar, además, que muchas de estas “maestras” leían con dificultad y apenas sabían escribir, aunque pudieran ser, eso sí, “primorosas” en la práctica de las “labores propias de su sexo”.

Bajo los anteriores condicionamientos, no debe extrañarnos que a mediados del siglo XIX –fecha en la que arranca este libro/catálogo— solo fuera capaz de leer el 14 por 100 de las mujeres (de escribir apenas el 9 por 100), siendo por tanto iletradas en torno al 86 por 100 de aquella mitad de la población a que se adscribían. En el caso de los varones, el porcentaje de letrados era del 35 por 100. Este era el momento de despegue de la escuela pública en España, que en parte también incluyó a algunas mujeres de la época.

No obstante lo anterior, medio siglo después, en 1900, el analfabetismo aún alcanzaba al 66 por 100 de las mujeres, frente al 45 por 100 de los varones, y aunque el diferencial sexual del iletrismo se fue reduciendo a lo largo del primer tercio del siglo XX, al final de la guerra civil todavía se constataba un claro contraste entre el 17 por 100 de los hombres y el 28 por 100 de las mujeres.

Poco hizo pues la sociedad liberal del siglo XIX y comienzos del XX por incorporar a la mujer a la cultura elemental. Aunque la ley Moyano, de 1857, ordenara la creación de una escuela para niñas, además de la de niños, en toda población de más quinientas almas, las tasas de escolarización de los alumnos de más de seis años en esta fecha y en 1931 solo llegaban al 45 y 53 por 100, siendo las correspondientes a las niñas del 41 y 49 por 100, respectivamente. Por lo demás, la frecuentación escolar en aquel tiempo era extremadamente irregular, no solo por los índices de asistencia, que podían oscilar entre el 60 y el 70 por 100, según regiones y períodos, sino por el prematuro



abandono de las aulas y por las prácticas de absentismo estacional y ordinario.

En el caso de las niñas, la anterior precariedad se acentuaba con la mayor presencia de escuelas incompletas, a las que se permitía la concurrencia de alumnos de ambos sexos, que cohabitaban en un mismo espacio, con la “debida separación”. También había escuelas de temporada, servidas por maestros ambulantes. Y asimismo existían las llamadas “escuelas de amiga”, regentadas por damas sin título, de acreditada moralidad y reconocido oficio, que acogían a las niñas para enseñarles primorosas labores y algunos rudimentos de piedad y letras.

Conviene señalar que la provincia de Soria dio, desde el despegue del sistema escolar, buenos indicios de que los municipios y las familias se interesaban por la educación primaria de los menores, más desde luego de los varones que de las niñas, para quienes no se consideraba tan necesaria la instrucción. En una sociedad predominantemente agraria de pequeños propietarios y jornaleros, la mujer quedaba relegada al ámbito de la casa, tanto en los años de infancia como en su madurez, tras el matrimonio.

Los libros de registro de asistencia a las escuelas rurales marcaban bien el absentismo de niños y de niñas en las épocas de trabajo agrícola intensivo. A veces también se marcaban diferencias considerables en las asistencias a las sesiones escolares de mañana y de tarde. Ello tiene que ver mucho no solo con la historia interna de la escuela sino con la misma historia social de la infancia y con las condiciones de vida en función del sexo que imponía cada época.

2

Libros con nombre de mujer

Muchos de los libros destinados a la educación de las niñas solían titularse con el nombre de alguna mujer del común, en cuyo espejo se pudieran mirar las pequeñas lectoras. Carmencita, Flora, Juanita, Diana, Mari Sol... eran algunos de los nombres que “encarnaban” los modelos a imitar por las niñas.

Carmencita. Lecciones de una madre

Obra editada por la prestigiosa casa Saturnino Calleja a finales del XIX, era un compendio de lecturas que reunía una miscelánea de conocimientos, fragmentos literarios y curiosidades acerca de distintas cosas útiles a la mujer, y que incluso se arriesgaba, con las reservas oportunas en cuanto a las avanzadas teorías de Charles Darwin, a recoger algunas opiniones del



naturalista inglés, como las que sostenían que los dos atributos específicos del hombre y de la dama eran los de saber hablar y saber cocinar. Y esta última atribución se adscribía, como don particular, a la mujer, fiel mantenedora del arte culinario, un hecho de cultura determinante en la supervivencia de la especie humana.

La buena Juanita. Lecciones de una madre

Obra traducida de la del italiano Pasquale Fornari, correlato del libro intitulado *Juanito*, prototipo de manual ejemplar destinado a los niños, un texto traducido a mediados del siglo XIX del italiano *Giannetto*, escrito por el educador piamontés Luigi A. Parravicini. La literatura infantil italiana del Ochocientos gozó de gran predicamento en la España del XIX y comienzos del XX, siendo su máximo exponente el conocido *Cuore* de Edmundo de Amicis, publicado en 1886 con el título de *Corazón. Diario de un niño* por la editorial Hernando, la primera casa editora de libros para la escuela en España. Juanita era la “buena” niña, complemento del “buen” varón, mujer adornada de grandes cualidades y virtudes.

Flora o la educación de la niña

Título de un conocido libro infantil de la polígrafa Pilar Pascual de Sanjuán, que tuvo numerosas ediciones desde fines del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Pretendía ser un texto alternativo para las niñas, equivalente al *Juanito* de Parravicini, libro que había alcanzado desde 1838 en que salió la primera edición una asombrosa aceptación popular, según confesaba el editor catalán Faustino Paluzié. La autora parte de Flora párvula y llega hasta dejarla casada, “en perfecta

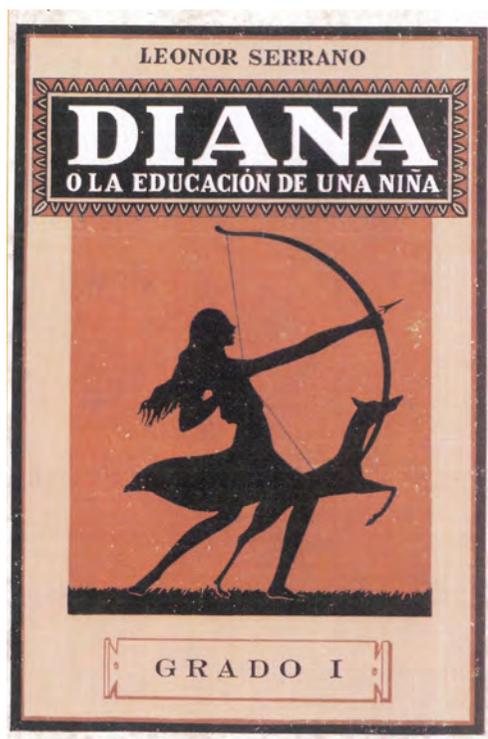


Juanita y Flora corresponden al tipo de mujer tradicional y son el alter complementario de Juanito.

disposición de ser tan buena esposa y madre como ha sido excelente hija”.

Diana o la educación de una niña

Libro de lectura escolar dividido en tres grados, del que era autora la inspectora barcelonesa de educación primaria Leonor Serrano. Editado en los años treinta del siglo XX por Elzeviriana y Camí, respondía a una concepción moderna de la formación de la niña. La mujer del mañana habrá de salir de la casa al taller, a la fábrica, a la calle... Dirigirá otro tipo de familia muy diferente a la de procedencia. Tendrá que votar por un municipio, una región y un Estado. Sería preciso, pues, educarla para otro modelo de vida. La obra nacía en el contexto de la nueva República. Diana no se recluirá ya en el estrecho mundo de la casa. Podrá salir a cazar fuera, como el varón. Por eso aparece pertrechada de arco y flechas.



Celia en el mundo

Texto que formaba parte de la serie que la conocida escritora Elena Fortún lanzaba para las niñas. La serie se inicia en los años treinta del siglo pasado y se prolongó hasta la década de los cincuenta de la misma centuria con nuevos títulos: *Celia lo que dice*, *Celia en el colegio*, *Celia en el mundo*, *Celia y sus amigos*, *Celia madrecita*... El personaje Celia va descubriendo el mundo de la vida a través de las distintas etapas de su desarrollo, a partir del núcleo familiar y siguiendo por la escuela, los amigos y las puertas de la maternidad que le llevarán a repetir el ciclo de encuentros con los seres que prolongarán su biografía.

Mari Sol, de párvula a maestra rural

Obra, como Celia, en varias dimensiones que asocian la vida del personaje creado por Josefina Álvarez de Cánovas, una de las escritoras orgánicas de la literatura española de la posguerra, a las distintas etapas de la vida, desde la iniciática edad de párvula hasta la que le llevará a consagrarse, con vocación confesa, como maestra rural, la profesión más espiritual y emotiva para una mujer que quiere ejercer el maternaje en su más amplio y universal sentido, más allá del marco constrictivo del hogar doméstico.

Carmencita, Juanita, Flora, Diana, Celia, Mari Sol y otras niñas educandas conformaron un rosario de “perlas” con las que construir e ilustrar a las mujeres del futuro el camino a seguir, desde la mitad del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Ellas fueron, en cada momento, el personaje que representaba los atributos del mejor modelo a imitar. Los libros con nombre de mujer constituyen sin duda un género didáctico en la literatura para la infancia.



3

Egregias y ejemplares mujeres

Si bien el reino de la mujer estaba en el hogar, el honor y la gloria no eran una exclusiva de los varones. La historia registraba atractivas biografías de mujeres ejemplares, a veces egregias, cuyas vidas se ofrecían en narrativas amenas y estimulantes a las niñas para despertar en su tierno corazón el amor a las virtudes y valores que aquellas representaban.

Además, no era preciso buscar en el exterior modelos femeninos de alto gálibo teniéndolos aquí en España tan notables en todas las esferas de la vida y de la cultura, aunque también convenía abrirse a mirar a ciertas mujeres de otros países que la historia universal ofrecía. La memoria de todas ellas transmitía enseñanzas intelectuales y morales de gran valor simbólico y real para la formación de las mujeres.

Antología de mujeres ilustres

Un buen ejemplo del mensaje que podía transmitir un libro escolar de lecturas sobre las mujeres ejemplares era el titulado *Mujeres Hispánicas*, del que era autor un varón, el académico cordobés Graciano Quijano, quien en un gesto de cortesía hacia el “bello sexo” construía esta pequeña antología de mujeres ilustres, benéficas y santas. Algunos de estos florilegios de damas ejemplares, como el de Antonio J. Onieva, incluía a la soriana sor María de Ágreda, consejera del rey Felipe IV y escritora de altos vuelos literarios y místicos.

Las cubiertas de algunos de estos manuales son verdaderos textos que conceptualizan en imágenes los contenidos que inserta el libro. Funcionan en realidad como metáforas icónicas que comunican el *leitmotiv* de la obra. En cierto modo, podríamos



Cubierta del libro de lecturas *Mujeres Hispánicas. Lecturas escolares*, de Graciano Quijano, publicado en 1945 por Ediciones y Publicaciones Españolas.

afirmar que su diseño era la resultante de un consenso entre el autor, que sintetiza en portada su mensaje, el diseñador, que interpreta este motivo y lo transporta a imágenes y título, y el editor, que lo concibe en términos de marketing.

El libro *Mujeres Hispánicas* muestra en portada una bella y eficaz metáfora orgánica, la del árbol, para presentar otro pensil de las niñas. Del árbol, con forma orgánica desde el tronco hasta las ramas y hojas, penden como frutos logrados y maduros las etiquetas con los nombres de mujeres ilustres, heroínas, inteligentes y reformadoras. Los personajes que representan las etiquetas son la resultante armónica que prueba que aquella “preciosa mitad del género humano” no era solo un ornato de la sociedad sino la prueba de la contribución de las mujeres al progreso de la humanidad e incluso a la construcción de la nación española.

El estudio de la historia y de la literatura proporcionaría lecciones de alto poder de impregnación. El talento, la virtud o el valor que encarnaron aquellas mujeres de nuestro pasado glorioso inspirarían la regeneración que reclamaban los intelectuales y políticos de aquel tiempo. Mejor era sin duda la lección ética de las narrativas históricas que la moraleja derivada de la fábula, tan en uso en las escuelas como género literario didáctico-moral apegado a la ficción. Así se advertía en el prólogo del libro *La educación de las niñas por las biografías de españolas y americanas ilustres*, obra que Casilda Monreal publicara en 1874.

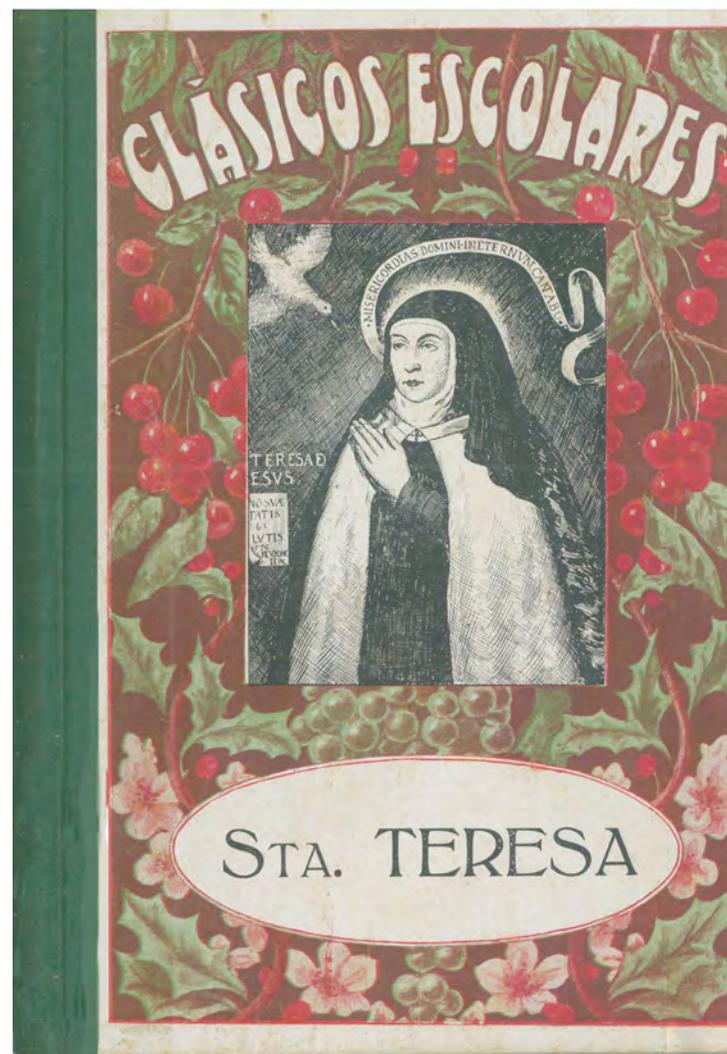
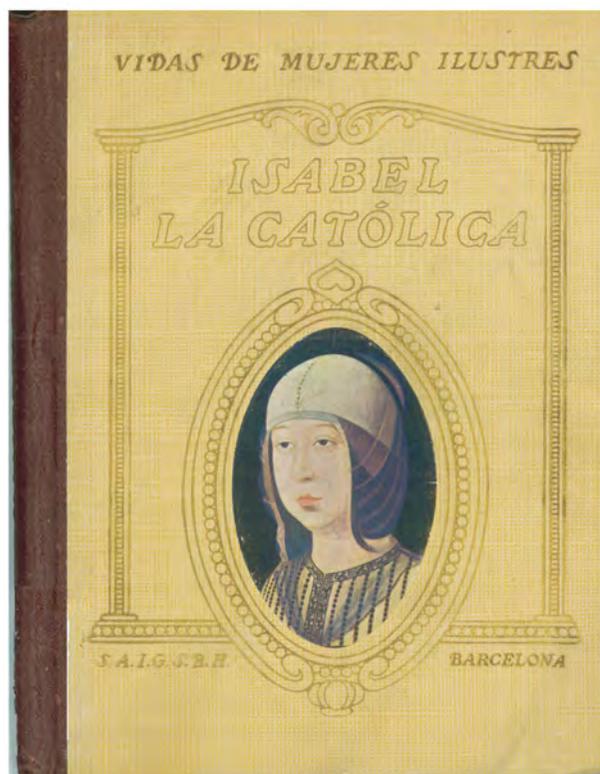
Isabel la Católica, Leonor de Castilla, Teresa de Jesús, Beatriz Galindo, Agustina de Aragón, Mariana Pineda... También doña Urraca, Juana de Arco, Catalina de Médicis, María Estuardo, Catalina de Rusia... Incluso figuras bíblicas, como

la Virgen y María Magdalena, o de ficción, como Dulcinea del Toboso. Estas y otras muchas eran mujeres paradigmáticas en las que debía centrarse la educación de las niñas. Todas ellas accedieron al templo de la gloria que el recuerdo debía perpetuar.

He aquí cuatro mujeres egregias que aparecen en la mayor parte de los libros de lectura para niñas:

Isabel la Católica

Reina decisiva en la finalización de la Reconquista, en la unión de Castilla y Aragón y en el nacimiento de España como nación. Impulsora de la gran empresa del descubrimiento de América y de la colonización cristiana de las nuevas tierras. Persona íntegra y ecuánime, la reina Isabel encarnaba grandes virtudes cristianas y soñaba con empresas políticas de gran alcance.



Así comienza este texto de 1934: “Santa Teresa de Jesús, honra de España, prez del sexo y gloria de la Iglesia”.

Teresa de Jesús

Santa y escritora, reformadora de la vida conventual de las mujeres entregadas a la vida religiosa, andariega incansable en su programa de impulso de nuevas fundaciones carmelitanas, creadora de la poesía mística, piadosa y trabajadora, mujer de mirada hacia lo universal, ejemplo para mujeres de varias generaciones y patrona reconocida de todos los reinos de España.

Concepción Arenal

Escritora con benéfico y encomiable sentido de lo social, autora de numerosas propuestas para la mejora de la condición del pobre, del delincuente, del preso, del obrero, de la mujer..., esto es, de todos los menesterosos de la injusta sociedad en la que le tocó vivir, a quienes socorrió y defendió en varios foros de la vida pública, movida siempre por sentimientos de piedad hacia el desvalido y por un elevado talante de responsabilidad.

Agustina de Aragón

Mujer que con gran arrojo y valentía comprometió su vida personal en la resistencia aragonesa frente al invasor francés. Ella representaba la encarnación del heroísmo en la defensa de los valores supremos de la identidad y la libertad del pueblo en que vivía frente a los vecinos franceses, lo que la hizo merecedora de los honores militares que le fueron concedidos por el general Palafox y de la admiración de toda la ciudadanía.

4

Educación y condición social de la mujer

El estatus social y económico de las familias en la sociedad tradicional condicionaba obviamente las posibilidades de acceso a la educación formal de las niñas, e incluso determinaba su exclusión de las instituciones. Asimismo, la procedencia familiar de las mujeres y el contexto rural o urbano en que se desenvolvía la vida de las menores orientaba el modelo de formación que estas recibían, los contenidos del currículum que cursaban y la duración de la escolaridad, así como otros aspectos relativos a su socialización cultural. Desde estos supuestos, no todas las mujeres tenían el mismo tipo de oportunidades.

La niña de clase superior

En las clases superiores, donde aún sobrevivían algunas características de la sociedad estamental, las niñas podían asistir a internados o externados, dirigidos generalmente por congregaciones religiosas, o recibir enseñanza doméstica en casa a cargo de preceptores o institutrices. Las menores de las clases intermedias trataban de imitar los modos de formación de las superiores, si bien en ocasiones también se orientaron hacia las nuevas instituciones públicas, sobre todo en los entornos urbanos y en el nivel de la moderna segunda enseñanza. Las hijas de las clases populares tuvieron más dificultades de escolarización. Las mismas familias las excluían de esta opción formativa al destinar a las niñas, desde edades tempranas, a las tareas del hogar y al cuidado de los hermanos menores. El absentismo, cuando las niñas acudían a la escuela, era por lo demás muy frecuente. Ello



Escenografía de clase acomodada correspondiente a la vida familiar que muestra la interacción entre adultos y menores en un contexto social definido, así como un modelo de educación femenina.

Litografía que ilustra la mujer de clase alta de la colección de láminas inserta en la obra de fines del XIX *La educación de la mujer*, de la editorial Muntaner y Simón.



explica el diferencial sexual negativo de las mujeres en cuanto a las tasas de alfabetización.

En la escena se muestra a la institutriz como tutora de una niña de clase alta, en un contexto social de claro tono aristocrático o burgués. Con la ayuda de esta preceptora, la niña educanda aprenderá a leer y a iniciarse en el delicado arte de la música desde una edad muy temprana, la que aún le exige un soporte para que su pequeño cuerpo pueda elevarse y alcanzar la altura del teclado del piano.

La niña de clase intermedia

El amor materno representado en esta escena es uno de los valores paradigmáticos que habrá de asumir la niña bien educada. La temática de esta lámina representa a la madre de clase media que imita en buena parte los valores burgueses del maternaje, de la higiene y del confort, pautas que la niña observa con atención muy activa porque ella misma los ha de internalizar para poder



Escenografía de la niña en un ambiente de clase intermedia que ha asumido los valores burgueses del confort y la higiene, de la serie Muntaner y Simón.



Escena de una sesión de lectura en la biblioteca de una escuela privada de Barcelona a la que asistían niñas de extracción burguesa y de clases medias. Publicada en 1934 por *La Vanguardia*.

practicarlos en el futuro, cuando haya de asumir la responsabilidad de las tareas de un hogar y la tutela de sus propios hijos.

La escena de la clase de lectura en la biblioteca, en un ambiente lúdico y bien animado por la maestra, es un buen ejemplo de como las hijas de las clases acomodadas, trascendiendo los estrechos círculos familiares y las prácticas tutoriales personalizadas, acudían a instituciones pedagógicas *ad hoc*, en las que se iniciaban en nuevos modos de sociabilidad. Estas imágenes ofrecen ya una representación de la escuela como institución de carácter público, abierta a la sociedad, aunque clasista en su composición real.

La niña de clase popular

Las niñas que aparecen en escena de la localidad extremeña de Las Mestas no iban a la escuela. Se socializaban imitando las conductas de los mayores del lugar. Vestían como sus madres, y se mostraban adoptando actitudes y gestos de los adultos y participando en los trabajos y los días imperantes en la comunidad, que practicaban y aprendían por ósmosis, a modo de rituales. La escuela llegará



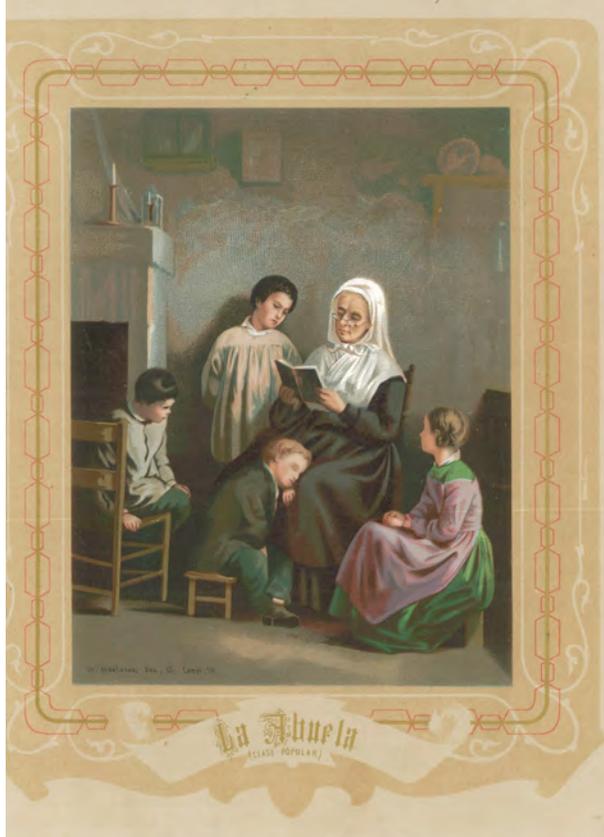
Imagen de un día festivo en la comunidad rural de Las Mestas, en la comarca de las Hurdes, Cáceres. Colección fotográfica de Vicente Gombau (1917).

5 La entrada en la “isla del alfabeto”

Aprender a leer fue el primer objetivo de la educación formal de las niñas. Al igual que de los niños, en principio, aunque no siempre con la misma intensidad. A este respecto, la historia constata que las niñas dedicaron menos tiempo que los varones al aprendizaje lector, se iniciaron en él con mayor retraso o cursaron menos años en las clases de lectura. Los libros de lectura corriente se diferenciaban en función del sexo, aunque los hubiera de uso común, si bien los de iniciación podían ser los mismos para uno y otro sexo. Por lo demás, bastantes niñas salían de la escuela sin aprender a escribir, aunque lograran iniciarse en los rudimentos de la lectura.

Semialfabetización

No era fácil siempre esta iniciación, como muestra la imagen de la litografía de la escuela de clase popular que ofrecía la serie Muntaner y Simón, de finales del siglo XIX, en la que la niña aparece de rodillas y con orejas de burro, mientras la maestra sigue entregada a las rutinas de coser y bordar, que probablemente domina con mayor pericia que la práctica lectora. La imagen muestra un aula decorada en sus muros con carteles colgados que llevan impresas las letras del alfabeto. Esta disposición de los materiales de colgar facilitaba el aprendizaje individual, y a la vez el colectivo, de las letras y sílabas, siendo necesaria cuando las alumnas o los alumnos no podían disponer de cartillas de uso personal por la carestía de estos impresos y las limitaciones adquisitivas de sus familias.



Escena intitulada “La abuela” de la serie de Muntaner y Simón de la que nos estamos sirviendo para ilustrar las relaciones educación/clase social.

tarde a estos lugares y, cuando se instale, podía ser solo de temporada y atender exclusivamente a los varones. Las niñas estaban por lo general excluidas.

La escenografía “La abuela” corresponde a otros contextos en los que la vida de las clases populares ya se ha iniciado en la valoración de la cultura letrada. Al calor de la lumbre, junto al fuego, la anciana lee a los niños y niñas de la familia relatos que los menores, ya iniciados en las prácticas lectoras, siguen con gran atención e interés. Esta actividad era muy frecuente en los medios rurales de la provincia de Soria, y en general de Castilla y León, y explica bien las posiciones avanzadas que nuestra provincia y región alcanzaron pronto en las estadísticas de alfabetización y lectura.



Imagen de una escuela popular del siglo XIX inserta en la serie de litografías de Muntaner y Simón con carteles murales de lectura, ejemplo de disciplina y modelo de maestra dedicada a las labores.

Las niñas de las clases intermedias y populares estuvieron largo tiempo excluidas de la que algunos historiadores de la alfabetización llamaron la “isla del alfabeto”. Es ahora, con la implantación de la escuela pública en el siglo XIX cuando las niñas de los estamentos inferiores empezaron a aprender a leer y a alcanzar el grado de semialfabetización que suponía la iniciación lectora, un nivel de formación que no comportaba necesariamente el aprendizaje de la escritura.

Del abc a la cartilla

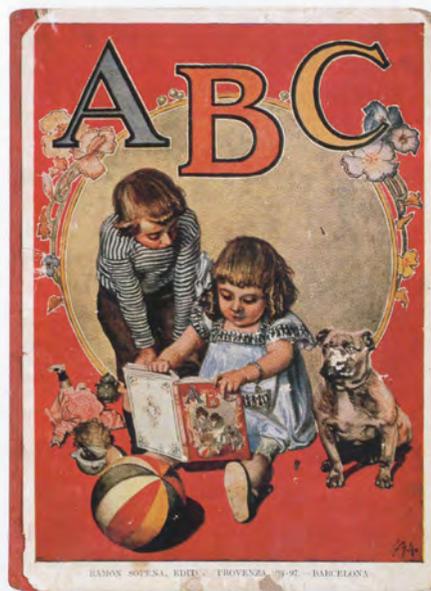
Abecedarios, silabarios, catones, cartillas (a veces llamadas doctrinas por el contenido religioso de las frases y enunciados que utilizaban) y libros de lectura extensiva o corriente eran los manuales de los que la escuela se servía para instrumentar los primeros aprendizajes elementales de las niñas, al igual que de los niños. Muchos de estos textos eran

propiedad de la escuela, ya que no todos los niños o niñas podían adquirir el manual por el elevado coste relativo que podía alcanzar el impreso. La enseñanza colectiva con carteles, como se ha advertido anteriormente, también eximía de la adquisición personal de estos libros. Todos estos materiales de iniciación lectora eran utilizados por las sucesivas cohortes del alumnado que accedía a la educación escolarizada.

El abecedario iconográfico, que se presentaba en forma de carteles de colgar o en cartilla, mostraba los elementos primarios de las palabras: las letras. Los iconos, cuando los utilizaban, servían para asociar signo, palabra, letra e imagen. En la ilustración que aquí se inserta se muestra un bello y moderno ejemplar de abecedario escolar editado por la casa de Ramón Sopena, de Barcelona. En este caso y en otros, el abecedario se presentaba en formato libro, aunque los más comunes eran sin duda mucho más elementales y con frecuencia se incluían como primeras lecciones en las cartillas.

Tras la identificación de vocales y algunas consonantes, las niñas continuaban con el silabario que reproducía las diversas combinaciones de las letras y que las alumnas canturreaban a menudo en coro siguiendo las láminas murales, numeradas en lecciones, o las cartillas, denominadas con frecuencia silabarios. Los métodos tradicionales de enseñanza de las primeras letras iban de la letra a la sílaba y de esta a la palabra para llegar a la frase. Eran pues procedimientos de marcha sintética.

Las cartillas de aprender a leer cubrían las distintas fases del aprendizaje lector, llegando incluso a la lectura de textos más complejos, como las oraciones de la religión cristiana, o las máximas morales (por lo que se denominaban también “catones”, en recuerdo de los dísticos del famoso



Abecedario ilustrado en cuatricomía intitulado *ABC* de la editorial Ramón Sopena (Barcelona, 1931). Cubierta y página interior.



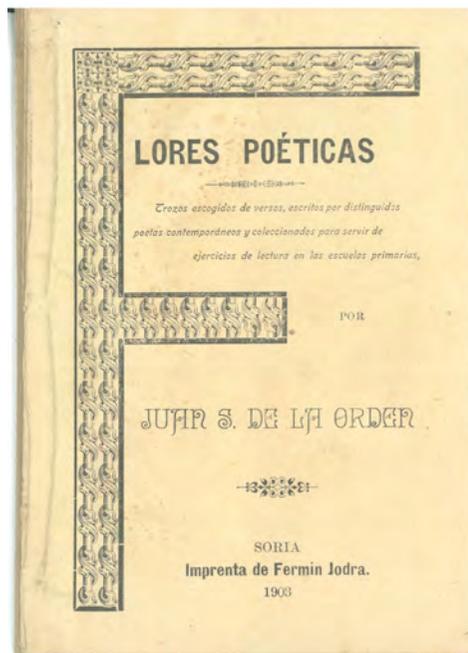
Página del *Silabario intuitivo* de la casa Paluzié publicado a fines del siglo XIX (1879).

escritor romano que retomó y difundió Erasmo de Rotterdam en el Renacimiento).

Una vez iniciadas en las primeras letras, las niñas tenían acceso a libros de lectura corriente, textos adecuados a sus intereses y al modo de educación que la sociedad tradicional entendía apropiado a su condición y sexo. Los manuales con nombre de mujer que hemos presentado anteriormente eran libros de desarrollo lector para niñas ya iniciadas en los rudimentos de leer. También lo eran los que versaban sobre mujeres ilustres, vidas de santos, viajes por España, lecciones de cosas y selecciones literarias.

Algunos de estos materiales de iniciación a la lectura se imprimieron en Soria y su provincia. En primer lugar haremos referencia a la Cartilla de Juan de Robles, editada por el impresor ambulante Diego Fernández de Córdoba en Berlanga de Duero, en 1565, un manual dedicado a la Marquesa de Berlanga, doña Juana Enríquez, para que por él pudiera ser enseñado a leer su hijo, don Íñigo Fernández de Velasco, futuro Condestable de Castilla. La cartilla servirá asimismo para la iniciación de las niñas.

En la ciudad de Soria, ya en pleno proceso de implantación de la cultura impresa, el editor de libros escolares más destacable a comienzos de la última centuria fue la conocida imprenta de Fermín Jodra, que dio a luz varios manuales destinados a la enseñanza, también de las mujeres. Más recientemente, conocidos inspectores de enseñanza primaria de la provincia, como Teógenes Ortego y Heliodoro Carpintero, fueron hacia la mitad del siglo XX acreditados autores de textos para la enseñanza de la lectura y el lenguaje.



Dos libros, de iniciación a la lectura el uno y de desarrollo lector el otro, editados en Soria. La cartilla del Condestable o *Arte de enseñar a leer y escribir* de Juan de Robles (Berlanga, c. 1565) y *Flores Poéticas* de la casa Fermín Jodra (1906).

No todas las mujeres, como se ha subrayado con anterioridad, aprendían a escribir. La mayor parte de ellas se limitaban a aprender los rudimentos de la lectura. Desde el Antiguo Régimen hasta bien entrado el siglo XIX hubo incluso escuelas de “solo leer”, como también las había de “ábaco” desde el Renacimiento. Las primeras estadísticas de alfabetización distinguían entre “saber leer” y “saber leer y escribir”. Este dualismo, que también afectaba a los hombres, se marcaba más en el caso de las mujeres, que no necesitaban, como los varones, el uso en la vida cotidiana de la práctica escriturana.



Escena que sirve de portada a una edición del método *Rayas*, de Ángel Rodríguez (Plasencia, 1954). La obra se editó por primera vez en 1905. La niña observa la pericia del niño al escribir. Ella seguramente lee, pero aún se encuentra en la fase iniciática de la escritura.



Cuadernos de escritura con letra redonda e inglesa usados en las escuelas como modelos caligráficos en las primeras décadas del siglo XX.

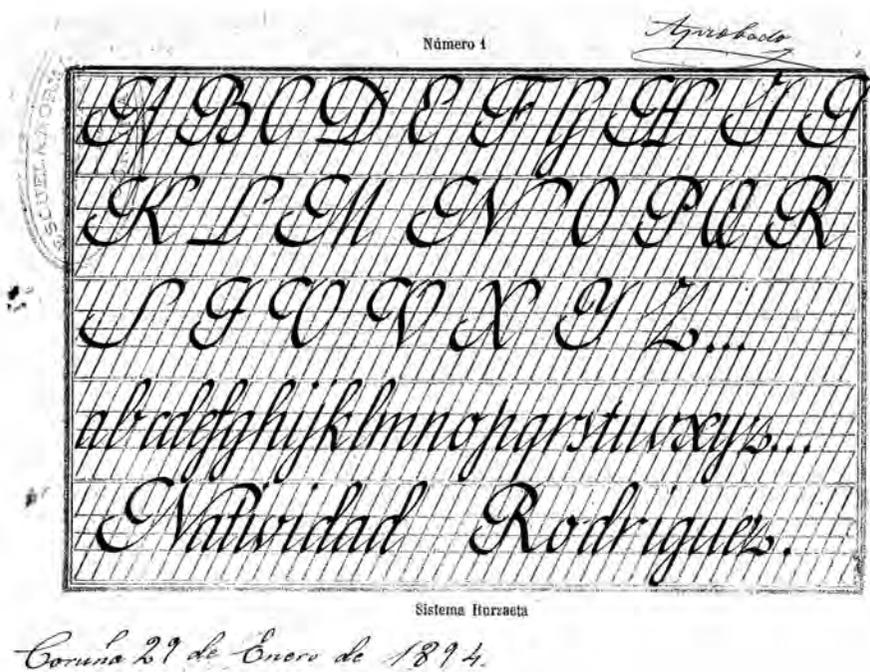


Lámina caligráfica de letra española tipo Iturzaeta. Copia ejecutada a fines del XIX por una estudiante de maestra de la escuela normal de La Coruña.



La niña ya sabe escribir y puede transmitir su destreza a otros menores. Cubierta del libro de lectura *Mi Querida Escuela* (Barcelona, Editorial Roma, 1959).

Caligrafías y autografías

Quienes aprendieron a escribir siguieron los usos establecidos de la época. Las casas editoriales publicaron cuadernos seriados para pautar metódicamente y por grados los diferentes modelos de escritura: francesa, inglesa, itálica, redondilla e incluso gótica. A partir de la segunda mitad del siglo XIX se fue imponiendo el modelo de letra bastarda española, conformada a las reglas con que la definió el conocido pendolista vasco José Francisco de Iturzaeta, inspector general de Instrucción Pública, en su *Arte de escribir la letra bastarda española* y la *Colección de muestras* (1827).

El análisis de los trabajos escolares ofrece una imagen más realista de lo que fueron las escrituras ordinarias de las niñas en la práctica. Cada alumna podía producir dos tipos de documentos escolares escritos: el que era resultado de la copia de modelos caligráficos, mejor o peor ejecutada, y el que resultaba ser expresión de la escritura personal o autográfica, influida por alguno de los patrones ejemplares pero más propia, también con mejor o peor ejecución, según la habilidad subjetiva de cada niña.

Los liberales españoles del siglo XIX intentaron imponer una letra nacional para romper con las tradiciones extranjerizantes de los calígrafos. Al igual que trataron de normalizar los sistemas de pesas, medidas y monedas con la introducción en la escuela del sistema métrico decimal, quisieron normalizar el uso de la letra española, un modelo sencillo, de fácil escritura y lectura, que pudieran aprender niños y niñas con facilidad. Las escuelas normales de formación de maestros y maestras jugaron un papel activo en la difusión de este patrón de escritura. La caligrafía fue una materia obligatoria de los planes de formación



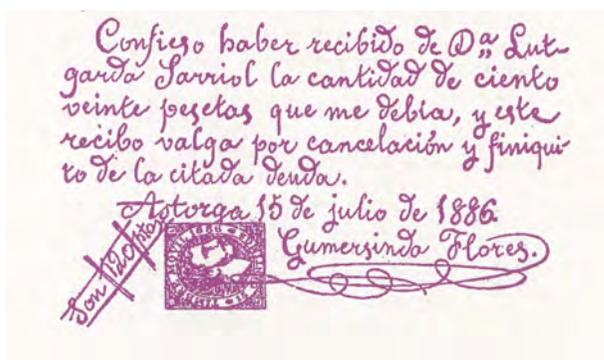
Manual de modelos de cartas para niñas con letra manuscrita de Federico Torres (Madrid, El Magisterio Español, s. a., c. 1950).

del magisterio, de ambos sexos, hasta las reformas educativas de la segunda mitad del siglo XX.

Manuscritos

La diversidad de modelos y prácticas escribanas condujo a la creación de un género textual específico que se materializó en los manuales denominados manuscritos escolares. Estos libros ofrecían no sólo diferentes modelos de escritura sino tipologías de documentos escritos de uso en la vida cotidiana (cartas, anuncios, oficios, pólizas, letras mercantiles, pagarés, invitaciones, pésames, saludas, contratos, cheques, documentos administrativos...) Niñas y niños aprendían en estos textos a leer y a escribir siguiendo las pautas que se proponían para su imitación.

Los cuadernos de escritura son el espejo más realista del nivel de pericia y de calidad estética que alcanzaron las mujeres en la escuela. En estos soportes se plasmaron no solo las escrituras sino también los ejercicios de aplicación escolar en que se proyectaban las lecciones de las distintas materias del programa, así como las ilustraciones con que se reforzaban los contenidos de la instrucción. En ellos se pueden observar asimismo las formas de rotulación de títulos y epígrafes y las de escritura corriente.



Aritmética del hogar y economía doméstica

La economía doméstica era un capítulo imprescindible de la llamada por algunos, no sin cierta pretenciosidad, la “ciencia de la mujer”, una expresión que respondía claramente a las modas impuestas por el positivismo sociológico del tiempo, adornadas con algunos ribetes propios del romanticismo. Ser científico era un signo intelectual del momento y aplicarlo a la educación de la mujer era una nota de modernidad social y pedagógica, casi siempre escasos en las familias de clase media y popular.

Todo podía ser científico, hasta el programa formativo que aquella “preciosa mitad del género humano” demandaba como preparación para la vida. En asociación a veces con la higiene, la economía doméstica se constituyó en una de las disciplinas escolares ordenadas a formar a las jóvenes discípulas en el buen gobierno de la casa y en la administración racional y bien ponderada de los bienes materiales de que disponía la familia.

Los manuales de hace un siglo definían la economía doméstica como un “arte”, esto es, como un saber fundamentado en conocimientos positivos y metódico para enseñar a disponer con orden y buen criterio de los recursos disponibles de la casa. Este arte permitiría al tiempo organizar con racionalidad “científica” la distribución de los tiempos y las tareas del hogar, así como prever las reservas necesarias para hacer frente a las necesidades eventuales que pudieran presentarse en la vida cotidiana de una familia.

Este arte de lo económico se plasmaba en la llamada “aritmética del hogar” y en los escritos a que daba origen la gestión de los asuntos de la casa. No se



Dos disciplinas que a menudo iban unidas en un mismo manual: la higiene de la casa y la economía doméstica. En realidad, eran dos saberes convergentes en la buena gestión de la vida familiar.

debían confiar a la memoria, en ningún caso, tan importantes cuestiones. Mejor sin duda era llevar buena nota y registro de todas ellas en un libro o cuaderno que diera “cuenta y razón” de los ingresos disponibles y de los gastos previsibles y efectivos en la vida familiar.

En relación a lo anterior, la mujer se concebía como una gobernadora del hogar, y ello conllevaba que tuviera que acercarse al conocimiento de algunas reglas de la aritmética elemental y a los rudimentos de la cultura escrita. También hubo de familiarizarse, para el correcto diseño y trazado de los vestidos, con ciertas reglas de lo que un autor llamó, con cierta intención despectiva, la “aritmética y geometría de modistilla”. Una de las ediciones de la *Guía de la mujer* de Faustino Paluzié de comienzos del siglo XX, que se inserta en esta publicación, presentaba a la señora de la casa sentada junto a su mesa-escritorio y en



Ejemplo de manuscrito inserto en la *Guía de la mujer* de Paluzié, ya citada, relativo a los costes de un vestido, una práctica habitual en la denominada “aritmética de modistilla”.

Dos ejemplares de la *Guía de la mujer*, editados por la casa Paluzié de Barcelona. En ellos se compendian los saberes prácticos para el gobierno de la vida doméstica.

VARIAS CUENTAS DETALLADAS.

D^a Concepción De Camps, a Jesusa Guillén modista, Debe:

Por hechuras de un vestido.....	30 pesetas cént.
Por forro de la falda.....	4 " 75 "
Por ballenas.....	1 "
Por 1 docena de botones novedad....	3 "
Por percalina.....	1 " 50 "
Por cordón para el bajo de la falda	1 "
Total J. E. u O.....	41 " 25 "

Ripoll, 2 de Mayo de 1880.

actitud de ejecutar las anotaciones contables de la administración de la vida familiar.

El manual de María Baldó titulado *El Libro del Hogar*, editado en Burgos por Hijos de Santiago Rodríguez en 1932, proponía entre otras cosas modelos aritméticos contables de aplicación en la casa, como una tabla de ingresos y gastos que podía adaptarse al día, a la semana, al mes e incluso al año. Concebía el hogar como un “centro de interés”, alrededor del cual quedarían agrupadas diversas cuestiones del programa didáctico, como la higiene, la fisiología, el lenguaje, la biología, el arte... Todas las disciplinas escolares convergen en el hogar como núcleo de preparación de la niña para la vida cotidiana.

Los capítulos de este curioso manual versaban sobre la vivienda, la organización material de la casa, el mobiliario, la decoración, la calefacción, la alimentación (con seis apartados), el vestido, los hijos, la salud y la vida social. Un detallado vademécum para formar a la mujer de aquel tiempo en orden a la buena gestión de todos los asuntos que afectaban a la vida doméstica.



8 Urbanidad y buenas maneras

La tratadista Pilar Pascual de Sanjuan, regente de la escuela de prácticas aneja a la escuela normal de Barcelona, autora del libro *Flora o la educación de una niña*, define la urbanidad como “el conjunto de reglas a que debemos ajustar nuestras acciones para hacer amable el trato en la sociedad”. Carecer de urbanidad equivaldría, según se lee en su tratado sobre el tema, a estar mal educada. La urbanidad sería pues la disciplina que corona la buena educación de una niña.

Cortesía y urbanidad

La cortesía era la urbanidad más refinada. Una y otra podían considerarse un complemento de la caridad, según escribe Joaquín Roca, otro tratadista de la materia, que definía la cortesía como “la habitud de portarse con todos, así en palabras como en acciones, con agrado, delicadeza y circunspección”. Cuando no era afectada, la cortesía formaba parte de la virtud, “el fruto más bello y precioso de una educación esmerada”. “En las niñas, nacidas para el agrado y el cariño, la cortesía ha de ser como innata y habitual”, concluía el autor de este prontuario publicado en 1862.

Niñas y niños estudiaban tratados de urbanidad en parte diferentes porque distintas eran algunas de las reglas que normaban la conducta de unas y de otros en la casa, en la iglesia, en la calle, en la escuela y en todas y cada una de las situaciones sociales en las que se podían encontrar.

Algunas cartillas de urbanidad, como la ilustrada por Alfredo Opisso, de 1927, ensayaron la versión verbo-icónica del texto para mostrar de forma intuitiva los comportamientos evitables y los deseables en las distintas áreas y situaciones sociales



Los manuales de urbanidad podían ser diferenciados en función del sexo. Estas son las cubiertas de dos pequeños epítomes sobre la materia de la casa Calleja.

que podían afectar a las relaciones humanas. Ello significó todo un avance metodológico y estético, que acogía el principio de la intuición, muy difundido ya en otros ámbitos de la educación escolar.

Dísticos para niñas

Francisco Martínez de la Rosa publicó, en 1843, una colección de máximas que traducían a dísticos fáciles de memorizar los consejos morales y sociales que debían aprender y seguir niños y niñas. El libro fue reeditado en numerosas ediciones a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX. Las máximas pasaron a formar parte de las llamadas escrituras expuestas, exhibiéndose en los muros de las aulas y de los pasillos de los centros, e incluso en los exteriores de los edificios escolares, como en el caso de las escuelas de Becerril de Campos, Palencia, en las que cada ventana ofrece, en firme y duradera epigrama, una de las máximas de este representante del romanticismo literario y pedagógico. He aquí algunas de las máximas de urbanidad femenina en verso.

Si salud y dicha quieres,
pon límite a los placeres.

El pudor es un esmalte
que preserva y da resalte.

El aseo en la mujer
aumenta el buen parecer.

El pudor en la doncella
la hace parecer más bella

No desprecies los consejos
de los sabios y los viejos.



Cartilla de urbanidad para niñas de la editorial Luis Vives, con formato verboicónico secuenciado. Obra de 1927 ilustrada por Alfredo Opisso.



Inspirado en estas máximas morales, el autor del *Pensil de las niñas o principios de urbanidad y decoro propios del bello sexo*, el presbítero de Manresa don José Codina, publicó la colección de sentencias, de las que seguidamente se transcriben algunas. No eran reglas de urbanidad *stricto sensu*, sino consejos para fundar una ética de la mujer en la sociedad tradicional.

Epigrafía exterior con máxima de Martínez Marina en una de las ventanas de la escuela de Becerril de Campos, Palencia (1917).

La piedad al bello sexo
es un sentimiento anexo.

Ni infiel, ni supersticiosa,
debes ser, sino virtuosa.

No seas desaliñada
ni en las modas extremada.

Guarda una postura honesta
y en el mirar se modesta.

Tan solo una descarada
fija en otro su mirada.

Prefiera al mundano trato
una doncella el recato.

Si en calma vivir anhelas
no te des a las novelas.

Desechad adornos vanos
y pasatiempos livianos.

Poco aprecia la labor
la amiga del tocador.

Mujer que gasta sin tasa
la ruina es de su casa.

Antes, niña, no te cases
considera bien lo que haces.

Hasta el más feliz enlace
pesado un día se hace.

9

Las labores propias del sexo

Bordar y tejer eran también escrituras femeninas. Sobre tela, y menos en papel o en otros soportes, las jóvenes educandas fueron aprendiendo en la escuela a construir textos con esmero y pericia. Mientras los niños cursaban agricultura o se iniciaban en los oficios mecánicos que les podían orientar hacia las profesiones, las niñas se entregaban con ilusión y sostenido empeño a trabajar en las “labores propias de su sexo”, que las preparaban para poder asumir con competencia las tareas de la vida en el hogar.

Coser, bordar, cantar

La disciplina que los legisladores del XIX denominaron “labores propias del sexo” confirieron perfil e identidad al currículum femenino. Las mujeres podrían acceder a diversos conocimientos, pero sobre todo debían pertrecharse de los saberes que permitieran asegurar un buen gobierno del “hogar”, el nicho ecológico al que estaban destinadas por su misma condición de futuras madres y esposas, o de hijas. Y entre estos conocimientos eran de destacar, además de los de higiene y economía doméstica, las “labores”. Tal saber, que comenzó a configurarse en el siglo XIX, llegaba a su plenitud como rúbrica curricular en las primeras décadas de la posguerra, con las contribuciones que hicieron algunas organizaciones paraescolares como la Sección Femenina del Movimiento y otras.

Los horarios de clase del siglo XIX y comienzos del XX podían llegar a asignar a la enseñanza de las labores hasta el 30 o 40 por 100 del tiempo total de escuela, una cuota que era equivalente a la suma de las asignaciones atribuidas a las asignaturas de

lectura, escritura y aritmética. Este era el tiempo escolar de coser y bordar, en ocasiones de cantar y aun de rezar, prácticas que acompañaban en coro a las niñas tejedoras y a su maestra. En el caso de los niños, las últimas materias instrumentales solían ocupar el doble. Por otro lado, la elevada carga horaria de las “labores” no se equilibraba con la que los varones dedicaban a la agricultura.

En las escenas de la vida familiar que ilustran los manuales escolares de lectura es frecuente poder observar que la madre y las niñas cosen y bordan, mientras el padre hojea la prensa y el niño lee o maneja un libro. Estas tareas definen el modelo de “niña hacendosa”, entregada a las tareas demandadas por la marcha de la casa, y el de niño orientado hacia los saberes que le permitirán abrirse camino en la sociedad del futuro.



Sala de la clase de labores en un colegio de monjas de la ciudad de Bilbao a comienzos del siglo XX. Nótese la concentración que niñas y maestras muestran en la escena bajo la protección de la imagen religiosa de la hornacina y al ritmo que marcaba el tic-tac del reloj. Todo un ritual de tiempos y movimientos.

La niña hacendosa

Estas eran las obligaciones de una niña en materia de labores, según un texto de urbanidad de 1875 muy divulgado en aquellos años de entresiglos:

Aprender a hacer calceta
y otras labores precisas,
como el corte de camisas,
de vestidos, el coser.

Bordar de varias especies,
el manejo de la plancha,
y en fin, todo lo que ensancha
la instrucción de la mujer.

El libro de Teresa Meliá *La niña hacendosa* trataba de cuestiones como las siguientes: labores de aguja, corte y confección de prendas, lavado y planchado de ropa, cocina, repostería, medicina de urgencia y jardinería. Todo un prontuario de labores que conformarían el paradigma de la mujer de su casa. El análisis de contenido del texto muestra a la vez el modo en que otros conocimientos, como el cálculo y la geometría de las niñas, se instrumentaban al diseño y confección de las prendas de vestir, al trazado y corte de patrones e incluso a los costes económicos de estas producciones.

Así, la niña cuidaría al llegar a la edad adulta de la hacienda familiar y se ganaría el aprecio de los suyos y el reconocimiento de toda la comunidad. Y así también llenaría sus tiempos, con disciplina hogareña casi monástica. La ociosidad era un vicio que se contraponía a una vida hacendosa. Con ello, los trabajos, en la ética de aquel tiempo, no solo llenaban los días sino que eran la fuente de una vida en plenitud.

10 Maestras con oficio y con título

La profesión de maestra era una de las aspiraciones que las niñas de las clases medias urbanas, y aun de las populares, tenían como meta para elevarse de las rutinas a que abocaba su destino en el seno de la vida familiar. A ella se podía llegar por dos vías: titulándose en la escuela normal provincial, o recibiendo de ella un certificado de aptitud para el desempeño de la actividad en escuelas incompletas; o aprendiendo en la práctica el oficio, ejerciendo un tiempo de auxiliar bajo la orientación de una maestra acreditada.

Doloriñas, la maestra del cuadro de Julia Minguillón que se muestra aquí, debió ser una enseñante ejemplar de Galicia en lo que se refiere a las acreditadas artes de su oficio. Obsérvense en la imagen de la pintura los elementos que configuraban este sencillo y familiar ecosistema escolar: habitáculo doméstico con ventana abierta al paisaje rural en que se inserta la casa; niños y niñas

Imagen de una escuela rural de Galicia de comienzos del siglo XX, la llamada escuela de Doloriñas, representada en este óleo que Julia Minguillón pintó en los años cuarenta. La maestra, en su propio domicilio, regentaba con oficio y severa disciplina la vida escolar de niños y niñas de aldea.



Dos manuales específicamente destinados a las mujeres, relativos ambos a la enseñanza de las labores: *La niña hacendosa* y *El vestido*.



El cabás era la caja o maleta en la que las niñas llevaban a la escuela el utillaje necesario para la práctica de las labores.



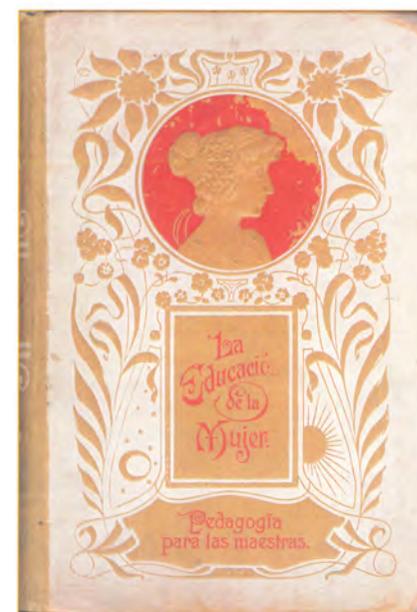
de diversas edades en régimen de cohabitación natural o espontánea; bancos corridos y banquetas individuales donde se asientan los menores; maestra en lugar central de la escena con severa mirada y actitud, con el libro de lectura y la vara, un instrumento este que se podía utilizar para señalar pero también para disciplinar; manual de lectura y pizarra de escribir de uso personal; clima de la clase entre familiar y formal. Conviene advertir que la coeducación no estaba autorizada en la época, salvo en los casos en que la suma de niños y niñas no diera para abrir dos escuelas diferenciadas por el sexo. En esto operaba la lógica económica.

Este era sin duda el ambiente dominante no solo en las escuelas gallegas sino en las de otros muchos medios rurales y urbanos de la España tradicional. Hasta que las escuelas pudieron instalarse en espacios con arquitecturas *ad hoc*, la enseñanza elemental se podía impartir en lugares muy diversos, como casas, porches, almacenes, pósitos, salas de conventos, sacristías y hasta en cuevas, como ocurría en el caso de algunas de Guadix, Granada.

El programa formativo de las escuelas normales femeninas era en parte como el de los varones aunque más sucinto en cuanto a los contenidos instructivos y con marcado énfasis en todo lo relativo a las labores propias del sexo. Excluía obviamente algunas materias como la agricultura y reducía los tiempos asignados al estudio de los contenidos instrumentales de leer, escribir y calcular y de los rudimentos de las disciplinas científicas y humanísticas. En cambio, el sistema pedagógico en que se sustentaba el plan de formación de las maestras reforzaba los valores asociados al maternaje, que era el eje transversal del *ethos* que informaba toda la educación de la mujer.



Ser maestra, como en el caso de *Mari Sol*, fue una aspiración de muchas mujeres de clases medias y populares. Esta era una de las primeras profesiones que podían cualificar a la mujer y liberarla (solo en parte) de las tediosas disciplinas del hogar. En la arena escolar, la mujer podía además cumplir con su misión de maternaje, extendiendo su influencia a otras niñas y otros niños.



La educación de la mujer es un texto pedagógico de comienzos del siglo XX editado en Barcelona por la casa Muntaner y Simón para la formación profesional de las maestras en los conocimientos y artes del oficio de enseñar.

Conviene subrayar dos hechos en torno a la formación de las maestras: uno, que en algunas provincias españolas no se estableció la escuela normal femenina hasta bien entrado el siglo XX, y que hasta la reforma Villar Palasí, de 1970, no se unificaron los planes de estudios para varones y mujeres. Ello comportaba que las mujeres dedicadas a la enseñanza elemental fueron durante mucho tiempo personas con oficio pero sin formación académica en las instituciones normalistas.

También hay que anotar que incluso el denominado plan profesional de la Segunda República, del año 1931, avanzado en tantos aspectos pedagógicos y sociales, no se desprendió del todo del sexismo tradicional. Como es bien sabido, la República promovió la enseñanza mixta en las normales, al igual que lo hizo como medida generalizada en la escuela pública, lo cual era una innovación histórica, pero aún conservó como materias formativas de las futuras enseñantes las labores y las denominadas enseñanzas del hogar.

Aunque en menor medida que los maestros, algunas mujeres tituladas también asistieron a las conferencias pedagógicas, separadas de los varones. En ellas se impartían conocimientos pedagógicos sobre la educación infantil, al tiempo que se intercambiaban experiencias prácticas. Más adelante, con la República, todas las maestras se incorporaron a los centros de colaboración que los inspectores convocaban en las cabeceras de comarca de cada provincia.

La higiene comenzó a invadirlo todo a medida que los modos y estilos de vida de la burguesía se impusieron como necesidad y como moda. Heloísa Pimenta ha hablado de la higienización de las costumbres como un transversal del programa de modernización que las sociedades modernas impulsaron durante los años de entresiglos. En nuestro país, el médico Pedro Felipe Monlau, profesor del Instituto San Isidro de Madrid, sentó a mediados del siglo XIX las bases de la nueva ciencia de la higiene privada y pública.

La higienización de la sociedad debía empezar en el hogar y continuar en la escuela. Luego



Manual escolar de *Higiene y Economía* de Victoriano F. Ascarza, de la serie “La Niña Instruida” (Madrid, Magisterio Español, 1939). El texto se completaba con las aplicaciones de la higiene a la medicina y la farmacia domésticas.

afectaría, de forma holística, a todas las esferas de la vida cotidiana, al urbanismo de las ciudades, a las arquitecturas institucionales, a la regulación de la prostitución, al encauzamiento del pauperismo y la delincuencia y a la regulación de otras patologías de la vida comunitaria y a la armonización de los tiempos de trabajo y ocio de los niños y de los adultos.

Gobernanza e higiene

Todo era pues higienizable. Como “arte de conservar la salud de los pueblos”, la higiene era una especie de disciplina sistémica y totalizadora, próxima a la “ciencia del gobierno” y a las estrategias globales de policía social y de buenas costumbres, capaz incluso de “asegurar la paz conyugal y de educar bien a la familia”, como se podía leer en uno de los tratados de aquel tiempo sobre la materia.



Imagen de portada de una revista editada a comienzos del siglo XX alusiva a la función de la madre como cuidadora de la salud de todos los miembros del hogar.

Imagen del libro que el gobierno franquista publicó en 1964 para conmemorar los XXV Años de Paz, ensalzando los logros del gobierno en materia de sanidad infantil.



La ley Moyano, de 1857, dispuso la inclusión en el programa de las escuelas de niñas de una materia denominada “ligeras nociones de higiene doméstica”, lo que dio origen a una notable floración de manuales para la enseñanza de la disciplina. El mismo Felipe Monlau publicaba, en 1860, unas *Nociones de higiene doméstica y gobierno de la casa*, un libro que alcanzó numerosas ediciones y que sirvió de base a la construcción del código disciplinar que transmitieron después los textos escolares de la época y de años posteriores.

Los tratadistas distribuían los contenidos de la higiene en tres ámbitos: el de la higiene doméstica, que se ofrecía en forma de preceptos y consejos para ordenar saludablemente la vida del hogar, el nicho ecológico de la vida familiar; el cuidado del cuerpo, que se disponía en una serie de máximas de la sabiduría popular y de la medicina moderna; y el correspondiente a la economía doméstica, otro campo de saber que afectaba al hogar y a su gobernadora, la mujer.

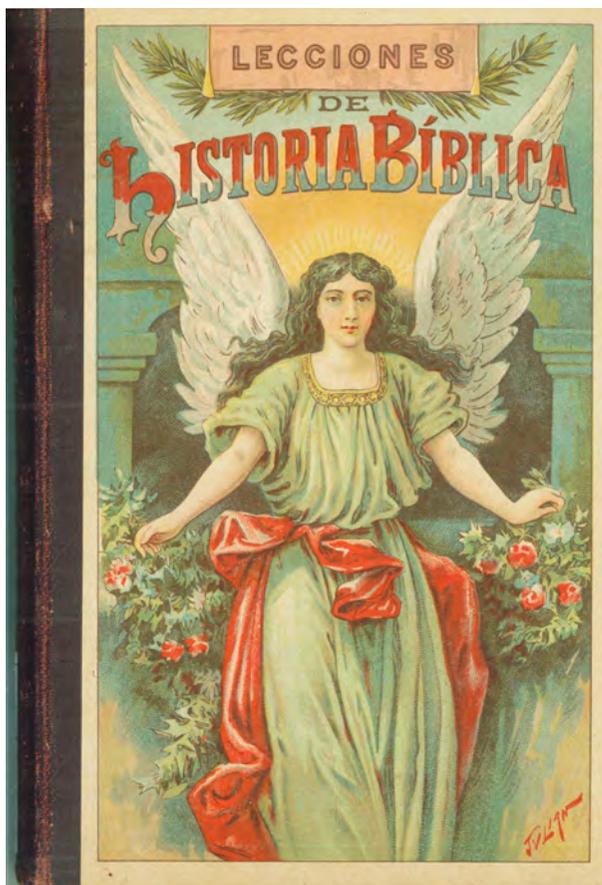
La doncella piadosa

Higiene y piedad, dos piedras maestras en la educación de la mujer tradicional que había de ser al mismo tiempo cuidadora de los cuerpos, del suyo y de los demás, y alma de la vida doméstica. El autor del libro *La doncella cristiana*, publicado en 1874, escribía lo que sigue al referirse a la educación de la mujer en la piedad y en las aconsejables prácticas de la religión.

Paloma misteriosa, tu virtud perseguida por el enemigo de las almas encontrará también un asilo protector en el recinto de la escuela cristiana, y la libraré de todo peligro.

No lo olvides jamás, hija mía, tu corazón es el jardín del Esposo celestial, es el vergel elegido donde deben nacer con abundancia los lirios de una pureza sin mancilla, y las rosas de una piedad viva y ferviente. Fórmate pues un sistema de vida interior y exterior por medio del recogimiento, la modestia y la instrucción religiosa puesta bajo el cuidado y la vigilancia. No des cabida en tu alma a las engañosas ilusiones del siglo, rodea tu corazón del santo temor de Dios (...) Ama el silencio del alma, el recogimiento de los sentidos.

Entre la higiene para el cuerpo y la piedad para el alma, la mujer había de encontrar un



Lecciones de Historia Bíblica para alumnos de uno y otro sexo, de José Ildefonso Gatell, Barcelona, Antonio Bastinos, 1899.

equilibrio armónico que nunca pusiera en juego la prevalencia de los valores de la religiosidad. La castidad y el decoro en el cuerpo han de evitar que los excesos en la higiene puedan dar pie a actitudes pecaminosas e inmorales, como las que se exhibían con ciertas modas de la indumentaria “moderna” de las mujeres. Cuidado también en cuanto a las lecturas peligrosas para el alma. Tales avisos moralizantes encontrarían, como comenta Carlos Fisas al introducir el facsímil de este tratadito de la mujer cristiana, el contrapunto en las grandes narrativas del XIX que despertaron el interés de las lectoras, no siempre confesado, por *Ana Karenina*, *La Regenta* o *Madame Bovary*, entre otras.

Las niñas, además del catecismo al uso en su época y región, tuvieron a su alcance lecturas bíblicas y moralizantes. La historia humana en estos textos se presentaba como una continuación de la historia sagrada o como una prolongación de la obra de la Creación. Además, esta historia servía de prolegómeno a las prácticas morales que la religión católica prescribía. Desde los anteriores presupuestos, los libros de lecturas incluían consejos como los que siguen.

Nada busques con ansia y con anhelo
sino el camino que conduce al cielo.

La oración tierna purifica el alma
y al triste corazón vuelve la calma.

Ama tu Dios con íntima ternura
y de su protección está segura.

Hasta las frescas matizadas flores
deben a Dios su esencia y sus colores.

12 Recato y pudor

Ya lo vimos en los dísticos del poeta Francisco Martínez de la Rosa: además de practicar las buenas maneras, la niña bien educada había de ser prudente, recatada y discreta, en el hablar, en el vestir y en el actuar. Su lenguaje estaría modulado por las reglas de la cortesía y el bien hablar. El vestido, que ella misma debía fabricar con economía y arte, se acomodaría al recato y a las convenciones vigentes en la sociedad. El actuar se limitaría a las solicitudes del hogar, que igualmente gobernaría con moderación y tacto.

La prudencia en la mujer

El autor de *La buena Juanita* lo advertía de modo inequívoco, y lo hacía además de forma lírica para su mejor memorización por parte de las menores.

Los modales de las niñas bien educadas deben ser como las tapias del jardín del cura: flores y no espinas.

Es un jardín hermoso,
niñas, el alma,
y el cuerpo es el cercado
que la resguarda.

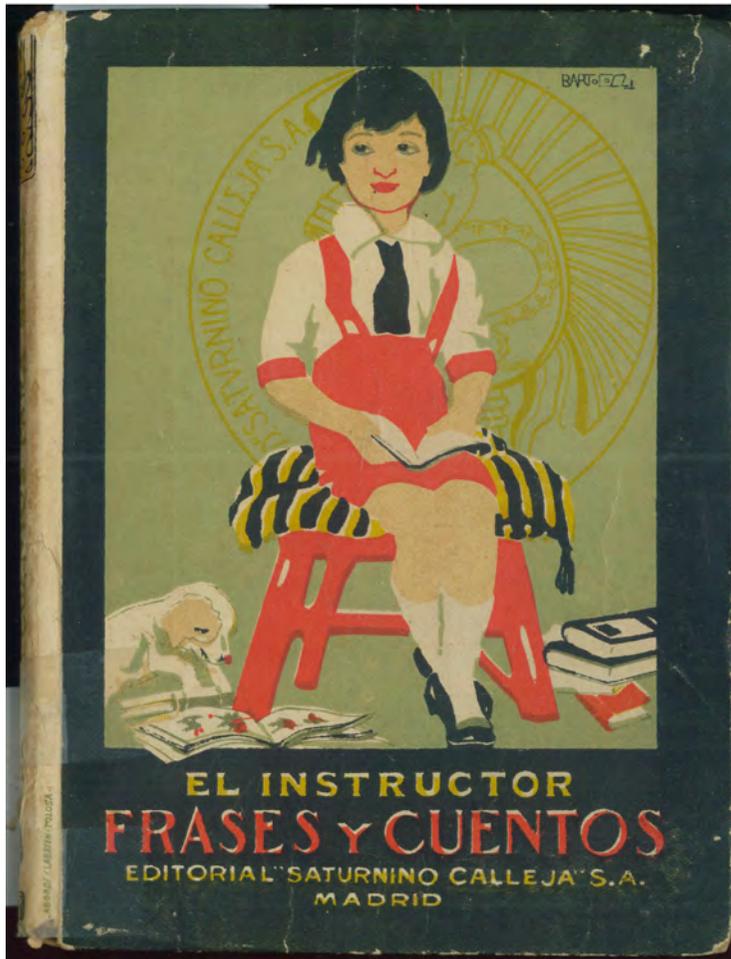
Guardad el cuerpo,
y guardaréis las flores
que tiene dentro.

Anatomías de escuela

Las imágenes de anatomía que circularon en las escuelas en los siglos XIX y XX trataron de ocultar, como dispositivo y señal de pudor y recato, los órganos sexuales externos del hombre



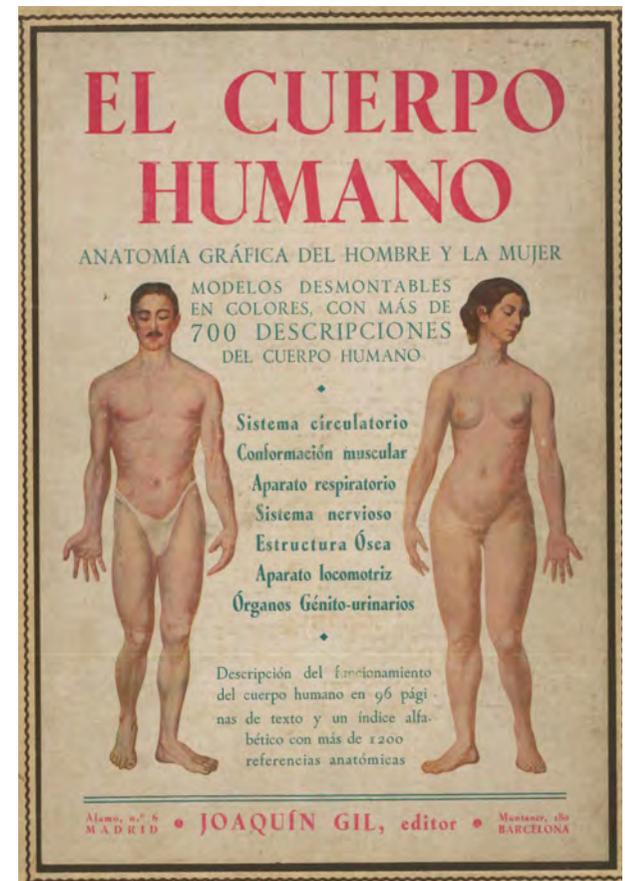
Catecismo de la editorial Calleja para niñas, 1898. La niña devota ante María y el Niño en un entorno florido.



Moderna pero recatada. Así diseñó Salvador Bartolozzi la niña que le encargó el editor Saturnino Calleja para un manual de lectura, innovador en cubierta aunque tradicional en su interior.

y de la mujer, eludiéndolos con ropaje *ad hoc* o difuminándolos en la iconografía hasta hacerlos prácticamente invisibles. Cuando estas anatomías muestran el feto de la mujer embarazada lo hacen sacándolo fuera del cuerpo de la madre, a fin de ocultar la procedencia “natural” de los recién nacidos, y de salvaguardar de este modo la doctrina de la Iglesia en la materia.

Se replica en parte con estas ocultaciones, que en otros grabados se presentan incluso mediante seres asexuados, el modelo que Alberto Durero propuso en los lejanos orígenes de la modernidad. Esta estética del pudor, reforzada históricamente por largos siglos de censura, ha marcado la iconografía escolar del modelo de hombre y de mujer. Por lo

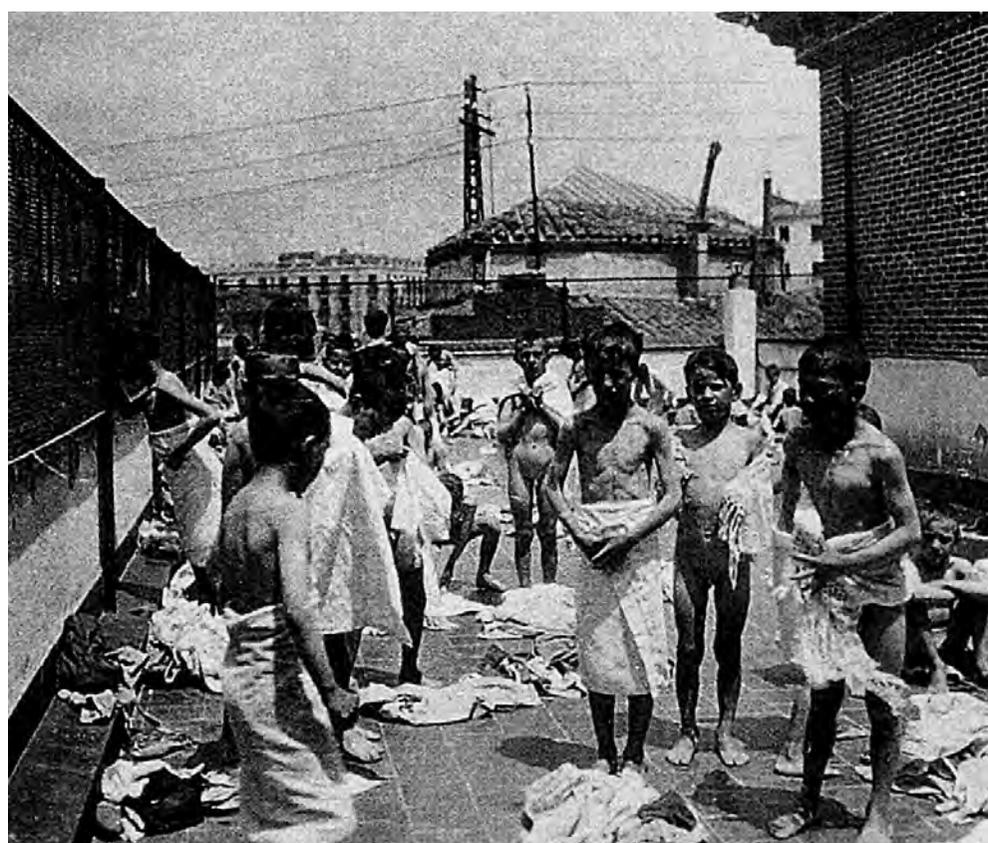
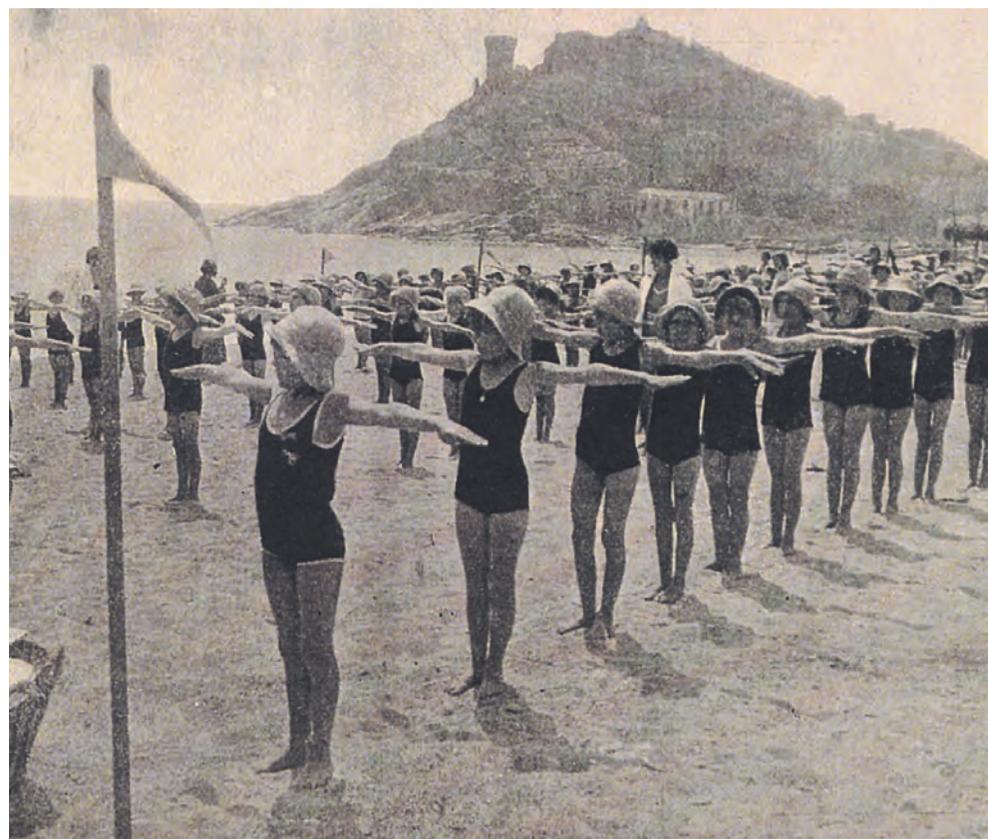


Cubierta de un atlas anatómico de uso escolar, editado a comienzos del siglo XX, con las censuras iconográficas que la costumbre y la Iglesia imponían. Este texto incluía unas setecientas referencias dibujadas con gran precisión pero manipulaba con discreta censura las referidas a la sexualidad.

demás, el detalle de que la imagen solo oculte a veces el sexo del varón podría ser expresión de un prejuicio implícito de género, según señalaría sin contemplaciones la crítica de nuestro tiempo.

La incorporación de los baños de sol a las prácticas pedagógicas innovadoras derivadas del higienismo dio pie a la introducción de cierto naturismo en la vida de las escuelas. Obsérvese en la imagen adjunta como algunos niños, varones en este caso, rompen en parte con la disciplina del pudor y muestran el cuerpo con cierta naturalidad. No hemos podido comprobar que estas mismas actitudes pudieran darse en el caso de las niñas, que seguramente estaban más condicionadas por las reglas del recato. La imagen de la colonia de Tossa de Mar que se acompaña más bien parece apoyar esta visión restrictiva de la exhibición corporal en el caso de las mujeres. La moderna arquitectura de las escuelas incorporó como espacios las terrazas y los patios, lugares que sirvieron para dar acogida a los juegos y a las actividades relacionadas con la higiene.

Estos nuevos espacios fueron ámbitos lúdicos en los que se podían afirmar comportamientos menos formalizados, más espontáneos y nuevas formas de sociabilidad infantil.



Derecha arriba. Escena de colonias escolares en la playa de Tossa de Mar, Barcelona, correspondiente a la década de los años veinte. En esta coreografía al aire libre, las niñas cubren sus cuerpos con ropas de baño que responden a los criterios de recato y pudor que la época permitía a las menores.

Derecha abajo. Escena de baños en la terraza del colegio Miguel de Cervantes de Madrid en los años veinte. Recato e incipiente nudismo naturalista.

El modelo de formación de la mujer en la sociedad tradicional era muy hermético y solo muy excepcionalmente permitía algunas innovaciones que no fueran incompatibles con el sistema. Por lo demás, estas novedades, aún las más laicas y privadas, se insertaban dentro del orden social conservador, moderado o liberal, de la época.

No obstante lo anterior, a partir de los albores del siglo XX empezaron a emerger ciertas iniciativas en la marginalidad del sistema que apuntaban a otras expectativas, como ocurrió en el caso de escuelas racionalistas y los movimientos anarquistas. Asimismo, las prácticas sociales dieron origen, fuera de la escuela, a algunos cambios en la literatura, la moda y las costumbres que afectaron a la concepción de la mujer. De estos cambios derivaban innovaciones que suponían una aparente ruptura con el modelo imperante. Conviene advertir que, pese a lo señalado, las propuestas innovadoras procedían en gran parte de discursos suscritos por hombres, siendo muy pocas las iniciativas de mujeres “novadoras” en los inicios de la modernización del sistema.

La mujer cazadora

Una de las primeras novadoras sería justamente la autora del manual escolar en tres volúmenes, ya aludido en el capítulo 2, intitulado *Diana o la educación de la mujer*, símbolo de la persona que recupera el fuego arcaico de la Diosa Blanca, referente del mito del matriarcado perdido que estudió el mitógrafo y poeta inglés Robert Graves. Su autora, Leonor Serrano, inspectora de enseñanza primaria en Barcelona, estuvo casada algunos años con José Xandri Pich, uno de los



Escenografía de baños en la Escuela del Mar de Barcelona, también de los años veinte, con niños y niñas.

introdutores en España de los “centros de interés” de Ovide Decroly.

Naturismo

En el exterior al mundo de la educación, un ámbito siempre resistente a los cambios, empezaron a aparecer textos literarios que también comportaban un impulso pedagógico renovador. Haremos alusión, a título de ejemplo, a las publicaciones que promovieron una visión naturalista del cuerpo, tanto del hombre como de la mujer, anteriormente encorsetado y oculto en los discursos y en las prácticas de vigilancia y control social de la iglesia y de la escuela.

En el contexto de la misma corriente podía incluirse el libro de Havelock Ellis *El amor sáfico a través de los tiempos*, de la colección “Los credos libertadores”. Llevaba como subtítulo “Estudio crítico de eratología femenina”, y se anunciaba como libro “al alcance de todas las inteligencias”, y por tanto de intención educadora. A este mismo grupo se adscribe *La vida sexual*, de Martín de Lucenay, que se insertaba en una serie editorial de sesenta títulos sobre el tema que trataba de divulgar una visión libertaria y moderna de la sexualidad humana.

Dentro de la misma tendencia en favor de la liberación del cuerpo estarían las publicaciones acerca del naturismo. Esta nueva corriente postulaba, según Lucenay, “volver por los fueros de la Naturaleza, deformada por la cultura y la moral”. Frente al tabú, la moral natural. La Naturaleza era el compendio de las perfecciones humanas, concluía este sexólogo y “novator” en la pedagogía de lo social que debía reorientar las relaciones de hombres y mujeres.



La Escuela de los Placeres. Diálogos sobre las prácticas y los deleites del Amor y de Venus, obra traducida del francés Nicolás Chorier, publicaba dentro de la colección mensual “Clásicos Eróticos”. Era la versión de la sátira Luisa Sigea y se adscribía a la literatura didáctico-moralizante moderna, ordenada a promover cambios sociales.



Ejemplar del libro del sexólogo Martín Lucenay relativo a la defensa del naturismo. *Los fueros del naturismo*, texto publicado en 1934, en pleno ciclo republicano, se insertaba dentro de una serie de más de sesenta títulos acerca de la nueva educación sexual, el naturismo y la medicina natural.

Pseudofeminismo

Por aquellos años aparecieron los primeros libros que incorporaban en portada el término “feminismo”. Edmundo González Blanco publicó en Henrich y Cía, en 1904, su obra en tres volúmenes *El Feminismo en las sociedades modernas*, dentro de la Biblioteca Sociológica Internacional, que incluía a la vez textos sobre antropología, evolucionismo, criminología, cuestión social, movimiento obrero y otros temas de vanguardia.

Al tratar de la educación, el autor señalaba que a la mujer sólo se la ha formado para ser madre, en orden a la reproducción de la especie y de la evolución, una tesis nada moderna, que criticaba



¿Protofeminismo?
¿Pseudofeminismo?
Ejemplar de la obra
de González Blanco,
impresa en 1904 y
titulada *El Feminismo
en las sociedades
modernas*.

sin paliativos al feminismo naturalista. Este tratado pseudofeminista aún conserva resabios que aluden al hogar y la crítica a la idea-madre del radicalismo emergente, según la cual “las mujeres son más maltratadas por la civilización de lo que serían por la naturaleza”. La mujer, para este tratadista, poseía aptitudes emocionales adecuadas para instruir a la infancia, pero inferiores a las del varón en el plano racional, un discurso de la diferencia que excluía a las mujeres de ciertas funciones y reforzaba su adscripción al mundo doméstico.

Parecido discurso arcaizante era el que subyacía en la novela de Jeanne de Coulomb, editada por Calleja en los mismos años, con el título de *Feminismo...!*. En ella, el personaje Gislana manifestaba la redención de su anterior existencia, entregándose al “ensueño de la maternidad” con la sonrisa de su pequeña hija que le hacía pensar en los querubines de la gloria. La vida le anunciaba nuevos días de gran felicidad, como le indicó su hermana Magdalena. El relato abordaba cuestiones como el divorcio, el feminismo y la educación femenina en perspectiva cristiana, pero con un tono folletinesco de afectada moralidad que sin embargo pretendía ser moderna.

Virginidad y vigor viril

En el discurso androcéntrico de la época dominaban dos mitos: la virginidad de la mujer y la virilidad del hombre.

Vírgenes habían sido Minerva y Diana. Las vestales hacían votos de castidad, y todas las religiones habían santificado la virginidad. Por su parte, las leyes la habían protegido. Pero, puesto que la virginidad física no era de fácil comprobación, el doctor Vicente Suárez Casañ se inclinaba a buscar la virginidad del alma y la pureza de las costumbres



Dos textos que simbolizan las atribuciones que la sociedad de aquel tiempo asignaba a cada sexo: la virginidad en la mujer y el vigor en el varón. Aunque distanciadas sus ediciones dos décadas, expresaban en su conjunto el discurso androcéntrico que subyacía en la literatura de la época acerca de las relaciones hombre-mujer.

que acompañaban al verdadero amor. Lo demás era vano e ilusorio.

Más necesario era asegurar el “vigor viril”, clave en la procreación y en la continuidad de la especie en el marco de la evolución. Esto era lo que a un buen positivista de aquel tiempo importaba en verdad. Como conservar este vigor era un capítulo que el doctor Ernst Baum consideraba imprescindible en la “educación científica” del moderno individuo, un discurso que, además de sexista, abocaba a ciertas formas de racismo, muy frecuentes en la época. En estas propuestas se apoyó el supremacismo ideológico de los sistemas totalitarios modernos.

14 Del marco del hogar a rosa de los vientos

La casa era el destino, el marco vital en el que habría de desenvolverse toda la vida de la mujer y a lo largo de todas las edades de su existencia. Nada podía esperar la niña fuera del estrecho recinto del hogar que la albergaría. Su vida se encuadraría entre los muros de la casa, un espacio que cobijaría sus tiempos. La casa era en parte un lugar con el tiempo dentro.

A veces incluso el mundo de la vida quedaba fuera, extramuros del hogar. En su infancia, la mujer pudo salir de la casa familiar en la que nació y creció para ir a la escuela, dirigirse a los espacios de juego que compartía con sus pares de edad, a veces incluso con los niños, y a pasear por algunos otros lugares cívicos o naturales. Pero en su juventud y madurez, etapa que podía comenzar al salir de la escuela, el espacio que esperaba a la mujer estaba bien delimitado, como el de los lados que enmarcaban la pizarra de la escuela que contemplaba a diario en el aula o visionaba con frecuencia en los libros de lectura que manejaba, semejantes al que se ofrece en imagen.

En esta pizarra, la maestra podía dibujar, junto a objetos comunes, otras cosas del mundo exterior y escribir nombres de realidades que no estarían nunca a su alcance. Sus escrituras, en blanco sobre negro y menos veces en colores, ponían nombre a los objetos y a los hechos y delimitaban un mundo concreto y simbólico. Ella había visto con frecuencia escribir nombres como madre, padre, familia, hijo, hija, hermano, hermana, abuelo, abuela, iglesia, sacerdote, pueblo, ciudad, calle, plaza, campo, río, montaña... La pizarra era el soporte del diccionario de la vieja escuela a la que asistió, la enciclopedia escrita que como dócil



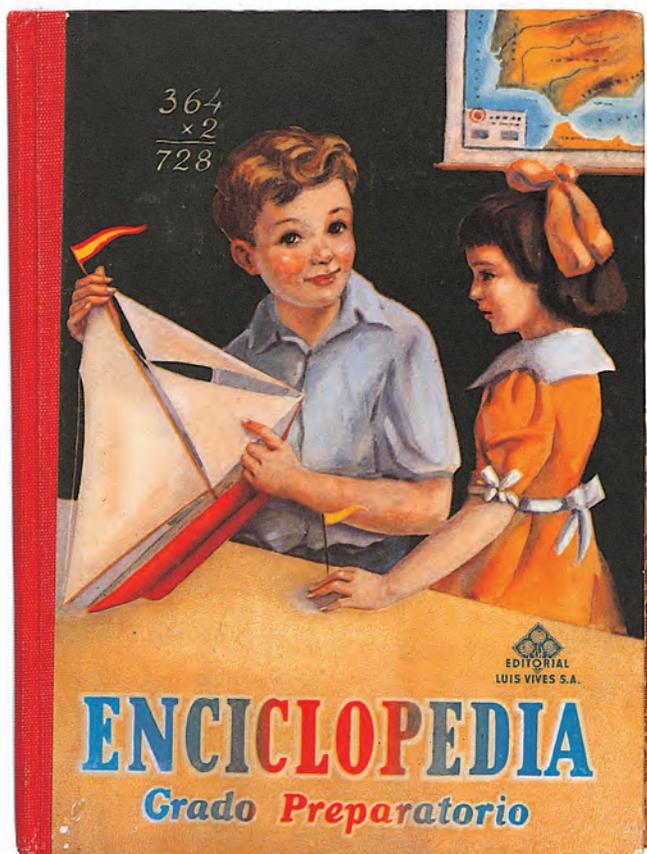
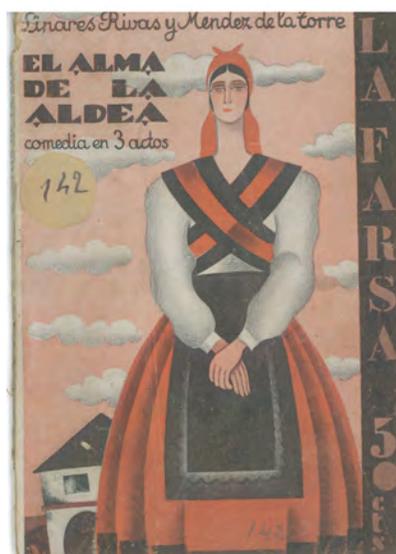
Estas dos cubiertas de manuales escolares son los mejores iconos para representar los destinos y alternativas de ambos sexos en la sociedad tradicional. El de la mujer con horizonte predeterminado. El del varón con expectativas más abiertas.

aprendiz tuvo que copiar la niña con frecuencia en sus cuadernos, aquellos papeles que luego guardaría en el desván o en el trastero de su propia casa, con los que probablemente se encontraría alguna vez, aún sin pretender buscarlos, para así recordar que su destino, el que se estaba cumpliendo a lo largo de su vida, ya estaba marcado en las primeras experiencias escolares.

El horizonte del niño, en contraposición, era mucho más abierto que el de la niña, como sugiere la imagen de cubierta del texto con la rosa de los vientos, un iconograma que presenta varias direcciones alternativas en los estudios y en las profesiones a donde podía dirigirse el varón, condicionado por su origen y formación, eso sí, pero abierto en cualquier caso a las diversas opciones que el mundo exterior le pudiera ofrecer. No siempre estaba claro entonces, y tampoco ahora, para un adolescente responder al salir de la escuela a la pregunta que propone el diseñador del libro que tenía entre sus manos: ¿qué seré yo? Pero, aún así, el niño sí gozaba de ciertos grados de libertad para decidir sus ocupaciones en el camino de la vida.

Los mensajes se repiten. Otra dupla de imágenes nos va a confirmar que la iconosfera que envolvía la vida de la infancia era ya una representación de las expectativas de género que favorecía la cultura escolar tradicional y la sociedad en la que se enmarcaba. Ello ratifica cómo el patrón pedagógico de la escuela determinó el diferencial sexual a que abocaba en la infancia la familia y a la vez la misma sociedad.

La patria de la niña es su propia casa (*Casa mía, Patria mía*), el territorio del hogar que le espera, enmarcado con flores, pero también cerrado. Mientras tanto, el niño puede construir barcos con los que poder navegar e incluso soñar mundos



posibles e imposibles. Esto es lo que parece mostrar el varón a la niña que admira su posibilidad de surcar los mares, en la imaginación del viaje soñado o en la misma realidad. Mientras tanto, ella permanecerá anclada a su hogar esperando tal vez el regreso de su joven Ulises.

Los diseñadores de las cubiertas de los manuales escolares nos hablan con imágenes que es preciso interpretar, porque en todas ellas subyace algún mensaje. Las cuatro cubiertas que aquí se muestran, sobre las que hemos tratado de ensayar una interpretación, son sin duda portadoras de los estereotipos dominantes acerca de los roles que podían desempeñar el hombre y la mujer en la sociedad tradicional.

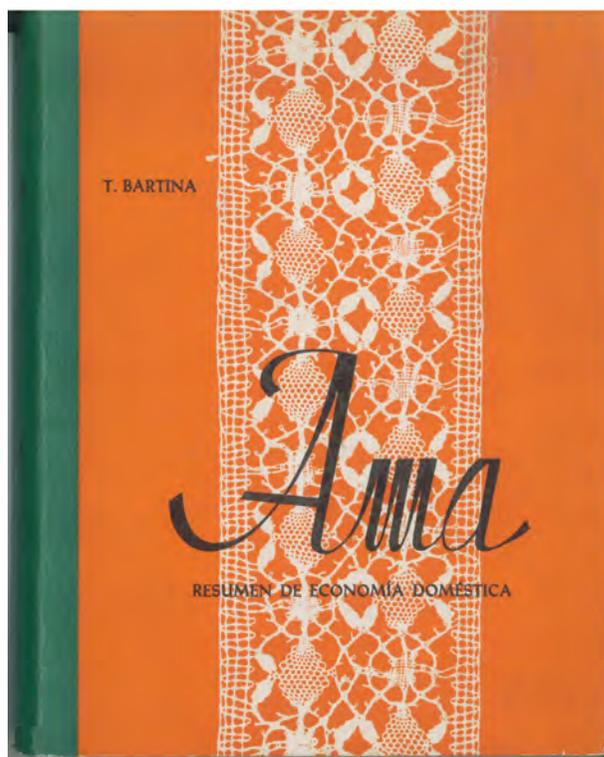
En el mundo rural, la mujer puede ser por extensión de su territorio dueña del hogar y “alma de la aldea”, título de la comedia publicada en 1924, en la que personajes como Doloriñas, Constanza o Maricelsa se desenvuelven en la trama narrativa que describe escenas de la cotidianidad de la vida campesina gallega en que se desarrolla la obra comentada. Todo ello en el contexto de un incipiente regionalismo ligado a la tierra de esta comunidad en una parroquia imaginaria. Pero esta prolongación en el medio no era sino la reproducción en cada casa de los mismos condicionantes que comportaba la lógica tradicional de la reclusión de Flora en el hogar y de su exclusión a la vez de otros bienes de la cultura.

Como compensación al confinamiento de la mujer en el marco de la casa familiar, los tratadistas de obras didácticas sobre la educación femenina atribuyeron la categoría de *Ama* a la destinataria de sus textos. Este término, que parece transmitir el valor del empoderamiento, da nombre al conocido *Resumen de Economía Doméstica* de

Teresa Bartina Marull, autora que perteneció a la saga de los Dalmáu.

Regir la casa —se lee en el prólogo a este libro— era “alto cometido” que requería un amplio bagaje de conocimientos y virtudes. Con la formación que transmitía el texto escolar *Ama*, la mujer podía alcanzar el deseado estatuto de “ángel del hogar”, la metáfora más sublimada con la que se pretendía honrar a la “preciosa mitad del género humano” que se encaminaba hacia la vida familiar.

Este libro, que bendecía con su *imprimatur* el obispo de Gerona en la ya avanzada fecha de 1960, en los umbrales de cambio de ciclo a una visión más moderna de la formación de la mujer, sintetizaba el juego de inclusiones/exclusiones que definía las relaciones de género en la sociedad tradicional.



15 El retorno de la Diosa Blanca

Por las noches, siguiendo los cronos que rigen en el universo, la Diosa Blanca se anuncia. Milenios de educación androcéntrica no han hecho olvidar que los orígenes de nuestra civilización estuvieron marcados por las primeras formas matriarcales de sociabilidad humana, que se fraguaron bajo la luz protectora de la Luna, la Diosa Suprema.

Así fue, como sugiere la obra del mitógrafo y poeta inglés Robert Graves, *La Diosa Blanca* —una de las obras más importantes del siglo XX, como señala Grevel Lindop en la presentación—, hasta que la racionalidad occidental transfirió los poderes al Sol, y el varón se apropió de ellos, dando origen a nuevos mitos y rituales en los que sustentar el patriarcado que hoy impera en muchas sociedades. Para los intérpretes de este cambio, de gran calado antropológico, las culturas inspiradas en la divinidad del Sol habrían dado origen a buena parte de las desgracias que aquejan al mundo moderno, mientras nos invitan a la vez a recordar el matriarcado como un modo de existencia más saludable y feliz.

Advertía Robert Graves en los años sesenta del siglo último, fecha en la que se cierra también este libro, que cambios culturales emergentes entonces, como las nuevas religiones, las psicoterapias modernas, las nuevas libertades y otras corrientes como el profeminismo, podían ser indicios que anunciaban el “Retorno de la Diosa Blanca”, título de un nuevo capítulo que el autor introdujo en el texto *princeps* y que se abrió a un giro de alcance civilizatorio. El capítulo que nosotros hemos incluido con el título de ¿novadoras? se genera en esta inquietud, aunque las formas que las innovaciones adoptan en la cultura escolar sean más bien de orientación pseudomoderna

o conservadora, no obstante lo cual el giro lingüístico que sugieren algunos de sus enunciados sí abren un nuevo debate entre las palabras y los hechos, en el contexto de la emergencia de unas nuevas relaciones de género que apunten hacia la inclusividad y la igualdad, los postulados de cambio más actuales.

La invocación a la Musa Blanca, en este complejo palimpsesto que mezcla intencionadamente poesía y antropología, aconseja a tomarse más en serio los mitos y los rituales que los acompañan. No en vano, Ortega ya aconsejaba en su obra *Biología y pedagogía* que, en educación, debía seguirse siempre el imperativo cultural “primero mitos, después hechos”. La Luna no es solo el apagado



satélite de la Tierra —escribe Graves— ni la mujer es solo un instrumento auxiliar del Estado. Así podría siempre argüir el poeta en su irrenunciable búsqueda de la verdad.

La historia de la mujer y de su educación han participado siempre de referentes mitológicos. Flora fue en la Antigüedad la diosa de los jardines. Toda niña debía saber que, antes que Dios fuera venerado, los pueblos reconocían como seres superiores a las musas. Apolo estaba rodeado de nueve musas, que protegían e inspiraban a hombres y mujeres: Polimnia era la musa de la Poesía; Urania, de la Astronomía; Euterpe, de la Música; Clío, de la Historia; Erato, de la Elegía; Calíope, de la Elocuencia; Melpómene, de la Tragedia; Terpsícore, de la Danza; Talía, de la Comedia. Cada una se representa en la ilustración con sus propios atributos, simbolizando las disciplinas que habían de coronar la educación de toda mujer verdaderamente sabia. *Flora o la educación de una niña*, el libro escolar de Pilar Pascual de Sanjuan que ha dado nombre a este ensayo, incluía a toda página los iconos de estas musas y los integraba en el mismo relato pedagógico del texto.

Cuando don Quijote —nos recuerda el autor de *La Diosa Blanca*— no pudo ponerse de acuerdo con su mundo, el mundo moderno, se acercó a la poesía. La obstinada persistencia de este género literario en la sociedad del tiempo medio secular del XX en que publicó su obra podría ser una prueba del interés por el mito y el misterio en aquel contexto en el que despegaba con fuerza una nueva fase del industrialismo. La prosa, advertía Graves, me sirvió para ganarme la vida. Mas la poesía me acercó a la magia de poder interpretar los mitos, a los que ninguna civilización ha de renunciar.



Flora, diosa de las flores y los jardines, simbolizaba en la mitología clásica el eterno renacer de la primavera, una divinidad que ha regalado a la humanidad las semillas de las diferentes especies vegetales que nos alimentan y adornan. Las mujeres griegas, así como las sabinas y las romanas, celebraban fiestas en su honor que comenzaban a fines de abril y se prolongaban durante el mes de mayo, el tiempo propicio para los juegos florales. Al contemplar el cuadro de Botticelli o al escuchar la sinfonía el despertar de la primavera todos hemos recordado la imagen de Flora en sus diversos registros estéticos y emocionales.

Para saber más

- Marta Baldó, *El Libro del Hogar*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1933.
- Teresa Bartina, *Ama. Resumen de economía doméstica*, Gerona-Madrid, Dalmáu Carles Pla, 1960.
- Josefina Bolinaga, *Yo tendré un hogar. Economía, arte Higiene, Felicidad*, Madrid, Librería Victoriano Suárez, 1943.
- Mercedes Carbonell, *Tratado completo de Corte y Confección por el sistema decimal*, Barcelona, Tipografía Casanovas, 1903.
- Enrique Casassas Cantó, *¿Qué seré yo? El libro de las profesiones*, Barcelona, Editorial Olimpo, 1942.
- Mari Carmen Calvo Villar, *Más de cien años de historia de las escuelas de Soria, 1812-1936*, Soria, Gráficas Ochoa, 2002.
- Severo Catalina, *La mujer*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1858.
- José Codina, *El pensil de las niñas o principios de urbanidad y decoro propios del bello sexo*, Manresa, Imprenta de Ignacio Abadal, s. a. (c. 1860).
- Edelvives, *Cartilla moderna de urbanidad. Niñas*, Zaragoza, Editorial Luis Vives, 1948.
- Agustín Escolano Benito, *El pensil de las niñas*, Madrid, Editorial Edaf, 2001.
- Agustín Escolano Benito, *Emociones & Educación. La construcción histórica de la educación emocional*, Madrid-Berlanga de Duero, Visión Libros-CEINCE, 2018.
- Victoriano Fernández Ascarza, *Higiene y economía. La niña instruida*, Madrid, Magisterio Español, 1939.
- Julia Fernández Bolinaga, *Mari Sol, maestra rural*, Madrid, Magisterio Español, 1944.
- Helenia Foix, *Cuando las grandes santas eran niñas*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1956.

- Pasquale Fornari, *La buena Juanita*, Madrid, Saturnino Calleja, s.a. (c. 1885).
- Elena Fortún, *Celia, Celia en el Mundo*, Madrid, Aguilar, 1938.
- Diego González Alonso, *La educación práctica de todas las clases y de ambos sexos*, Madrid, Imprenta Boix, 1840.
- Edmundo González Blanco, *El feminismo en las sociedades modernas*, Barcelona, Henrich y Cía, 1904.
- Robert Graves, *La Diosa Blanca. Una gramática histórica del mito poético*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.
- José Fermín de Iturzaeta, *Arte de escribir letra bastarda española*, Madrid, Imprenta Sanz, 1827.
- Muntaner y Simón, ed., *La educación de la mujer. Colección de litografías*, Barcelona, Litos Andaluces, s. a.
- Teógenes Ortego Frías, *Principios. Dibujo. Escritura. Lectura*, Soria, Artes Gráficas Gonzalo, 1964.
- María Atocha Ossorio y Gallardo, *Las hijas bien educadas*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, s. a. (c. 1910).
- Luigi A. Parravicini, *Juanito*, Barcelona, Paluzie, 1887, nueva edición.
- Graciano Quijano, *Mujeres Hispánicas*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1945.
- Pilar Pascual de Sanjuán, *Flora o la educación de una niña*, Madrid, Faustino Paluzie, 1888.
- Pilar Pacual de Sanjuán, *Escenas de familia (continuación de Flora)*, Barcelona, Faustino Paluzie, 1895.
- J. E. Pellón y López, *Historia sagrada*, Soria, Imprenta Fermín Jodra, 1907.
- Anselmo Salvá, *El ideal de una niña*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, s. a. (c. 1915).
- Leonor Serrano, *Diana o la educación de una niña*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Camí, 1933-1935, 3 vols.
- Eugenio Tejero, *Conferencias pedagógicas*, Soria, Imprenta Fermín Jodra, 1905.
- Juan de Robles, *Arte de enseñar a leer y escribir*, Berlanga, Imprenta Fernández de Córdoba, c. 1565.
- Carlos Yebes, *Mentor de las niñas*, Madrid, Sucesores de Hernando, s. a.

ENCICLOPEDIA



Agustín Escolano Benito ha sido catedrático de las universidades de Salamanca y Valladolid y es fundador-director del Centro Internacional de la Cultura Escolar (CEINCE) que tiene su sede en Berlanga de Duero, Soria.



Universidad de Valladolid

